DAVID HUERTA

El ovillo y la brisa







ALACENA
BOLSILLO



David Huerta

El ovillo y la brisa

DAVID HUERTA

El ovillo y la brisa

Primera edición en Alacena Bolsillo: 2018
ISBN: 978-607-445-500-7

Edición digital: 2020
eISBN: 978-607-445-561-8

Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:
Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México
Portada: Ljubow Sergejevna Popowa, Sin título.
Foto del autor: Arturo Orta.
Diseño de portada: Juan J. López Galindo

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

www.edicionesera.com.mx

Conversión gestionada por:
Sextil Online, S.A. de C.V./ Ink it ® 2020.
+52 (55) 52 54 38 52
www.ink-it.ink

Para Verónica Murguía

I
ENCADENAMIENTOS Y REACCIONES

Los grandes almacenes

prólogo a un cántico almacenero

Este adormecimiento… Este entrecerrarse de párpados. Este dinamismo de letargo y detenida sinfonía, sujeto a los temblores de cuerdas infinitesimales que el demiurgo ha escondido en los sótanos para jugarme, pulsándolas, bromas de salud y éxtasis. ¡Órficos párpados!

Estas interpenetraciones sublimes en las que puedo encontrar, al vuelo, señas desnudas de un desmoronamiento cansino, lento, un vapor de languidez y encierro.

Quisiera… Pero está todo hecho de tensiones arancelarias, de falta de espacio, de abigarramiento postindustrial, de leyes miopes, de bultos hipnóticos, de rincones abstrusos. No: tengo que elaborar una melodía soez para sobrevivir, un gusto por la suavidad de los acordes nocturnos, una costumbre taciturna de tarareo.

Ruego… Tampoco esto; no quejumbre, no patetismo, no cisnes degollados ni anudamientos de *angst*, no farmacopeas de ningún yo, no estridencias de terciopelo para las envolturas egocéntricas.

Basta. Procedo a la consideración asistemática de los grandes almacenes y al cántico de su sabor extraordinario.

1. la búsqueda bucal

No sé dónde están los grandes almacenes pero sí sé, en cambio, que yo estoy en ellos a la manera de esas estatuas cicládicas: pies cruzados, expresión de transida parsimonia en el rostro quieto. No estoy en todo almacén simultáneamente, con esa desagradable ubicuidad concedida a los santos, sino de manera alternada: ora despierto en uno, ora en otro, exactamente igual al anterior.

A saltos de esdrújula, de rotos y desgarbados dáctilos, el silencio y el cántico de los almacenes se buscan con denuedo en mi boca.

2. humo y blancura

Las paredes de los grandes almacenes tienen un no sé qué de sagrado. Son blancas, interminables. Fueron encaladas para servir a un ahogo y a una forma de la ceguera.

Humo sale de las paredes y se extingue en mi rostro.

Mi cara –un rostro de levedad adormecida– es un límite para el humo.

De mí no pasa este humo redondo; de mi rostro. Aquí se detiene: en la altivez de mi nariz, en la abullonada simpleza de mis labios.

3. gólgota

El sabor de los grandes almacenes... Cuento los días dentro de ellos y ellos son los días.

Sus espacios me adormecen y en momentos de oro, de fatiga platinada, de iris anegados, me exaltan.

Me tiendo en ellos como en un lienzo mortuorio, pero en realidad me dan vida y verdad: ceremonia de altar y desafío.

Pero no se crea por eso que son templos. No, no: son una forma negativa de iglesias conjeturales, pero no mausoleos ni cenotafios ni pirámides altaneras. Son todo lo que ignoro y todo lo que me rodea. Y a ellos debo mi sabiduría de fugitivo, mi sedentarismo de vagabundo contradictorio, mi viático hacia las orillas esplendentes de la agonía, mi *consummatum est* por medio del cual he erigido a cada momento, dentro de la atmósfera resurrecta de los grandes almacenes, un oficio de calamidad corporal en el aislamiento redentor.

4. la ignorancia y la duda

Almacenes de los que no sé nada. ¿Bazares, tiendas o depositorios? Tres posibilidades. ¿Allá afuera están los bulevares y se pasea Balzac por las inmediaciones? ¿Hay un capitalista o hay varios capitalistas detrás de esta existencia almacenera que semeja un cosmos autosuficiente pero dudoso? ¿Toma el dictado Walt Whitman de sus estanterías repletas? ¿Existen esas estanterías que nunca he alcanzado, pues sobrevivo en la extensión desnuda de una inactiva zona de carga y descarga, abandonada u olvidada por los almacenistas que ya no se preocupan por los confines de su imperio de atmósferas intramuros e, inaccesibles a las seducciones del poder, habitan con regocijo trascendental un margen de página en ediciones baratas de Kafka?

5. apunte para la historia natural de los grandes almacenes

Los almacenes desarrollan una vegetación transparente. Surge un helecho, por ejemplo, sobre el esternón. Crece en convólvulos y zarcillos de inspiración caligráfica: alhambras, generalifes de una benigna pesadilla; primos de los arrayanes prodigiosos. Invaden el costillar,

rodean las tetillas, dan vuelta para abrazar las espaldas inciviles de mi destierro.

Flores adustas, fronterizas. Flores sin forma, derramadas. Flores que cantan entre la confusión de una geografía asfixiante.

Arbustos parásitos que se esconden con pudor excesivo en los rincones de los almacenes. Zarcillos de alucinación conduplicada: anadiplosis en el discurso del encierro.

Esa vegetación almacenera refleja en mil destellos la índole de las paredes y se vuelve una forma paradójica de noche blanca, báltica: mar de los almacenes, mar selvático y lácteo, en los anillos mágicos del encierro.

6. sociologías a deshoras

En los almacenes acecha una multitud sin nombre ni calidad, sin linaje ni altura de miras.

Es una muchedumbre de costumbres rastreras y de saliva insustancial. A veces la descubro al despertarme: ha manchado mi camisa con su horror micrométrico, estrías azules, secreciones y deyecciones de corvas almas que no puedo ver, pues se esconden en lo más bajo, en lo más disimulado de este cosmos.

Es como si cavaran en el suelo y construyeran sin cesar un suelo paralelo, invisible, imperceptible para mí. Me molestan y me atosigan con su manera de cundir, su estilo de rizomática zahúrda. Son a la vez taimadas y ostentosas. Me plantan un odio y un desdén en el pecho: dos flores imantadas que me ilusionan con la ficción de ser yo un tirano desobedecido, inconsecuente.

7. la gruta de las máquinas lunares

Cerrarse y abrirse de los grandes almacenes: un oleaje ávido.

Cincuenta y dos mil puntas de sal y espuma, de avance a lo largo de las playas, imagen impura de mi conciencia arenosa.

Trescientas sesenta y cinco mil aristas envolventes que pican, tumban, refrescan, rayan, escuecen, cauterizan, llagan, limpian, calientan, entibian, enfrían con indiferencia de máquinas lunares.

Trescientas sesenta y seis mil olas bisiestas en el abrir polifémico de estas grutas bostezantes y en este cerrar monocorde con el que los almacenes clausuran su funcionamiento de tiranosaurios.

8. el ermitaño y el pájaro

Ahora vuelvo la vista al techo de los grandes almacenes. Un pájaro. No, una sombra de pájaro. Un pájaro de trazo definitivamente japonés. Un ideograma raudo, recto: sí, un pájaro. Cometo la vulgaridad de preguntarme cómo se habrá metido. Pero de inmediato rectifico y me consagro a ver su pico puesto en el aire, o mejor dicho: lo que alcanzo a ver de esa lanceta que está en lo que me imagino debe ser su cabeza de reptil miniaturizado. Plumas: sí, plumas para la contabilidad de los grandes almacenes. No: plumas de un vuelo azul y blanco, arropado en la sombra y en la hogareña hipocresía del acompañante.

Yo: el ermitaño de aquí, de esta voluminosa y estática grandeza almacenera, tengo un compañerito breve y alado, emplumado hasta la extenuación.

Con un esfuerzo supremo de la mente consigo hacerlo polvo y en pleno vuelo el pájaro ése, el intruso descomedido, se ha extinguido para siempre.

Caen sobre mi testa de viuda griega los restos de las plumas estúpidas.

9. el descanso del artífice

Pienso en la palabra "constituye". Es como un gran almacén. Otra palabra semejante: "deíctico". Esto que constituye los grandes almacenes. Un señalar sin precauciones hacia todos lados, en un arranque de histeria sin elegancia, en un intento de estilización para fijar una moda de soledad y ansias, rodeada de vastos espacios deshabitados. Señalar con un dedo índice que estaría mejor en la tarea de amontonar en una página, o mejor: sobre una pared blanca, yambos y tarantelas, tarántulas y dáctilos, estrambótico quiasmo. Con el dedo: constituye esto los grandes almacenes, o un poco más abajo, con el adjetivo después: almacenes grandes. Porque la única grandeza, la que vale y rebrilla, es la de los grandes almacenes cuyo sabor dejo aquí con elegancia, ahora sí. Y sin histeria. Salgo corriendo hacia un rincón y me tiro en la majestad de su recalentado abrigo picapedrero: ahora puede descansar el artífice. Cierro los ojos. Tengo que despertar en otro lado, en otro de los grandes almacenes.

10. la insolencia del gorrión

Busco el grano de una identidad. El solo grano de invisibilidad espiritual

que debería sedarme, mitigar el sabor a barrio bajo que los grandes almacenes suelen difundir, con una gasa daimónica, en los rincones más ruidosos.

Grano de identidad: ¿quién o qué deberá comparecer en medio de esta disquisición, de este debate sordo y parapléjico en el que, como si me hundiera en el fango, la obsesión de la identidad me ha arrojado con un gesto de brusca hechicería, de magia, en convólvulos acezantes de soledad impuramente química?

Almacenados el azufre y la sal, el rutilo y el petróleo –refinado éste en tambos arcangélicos–, el azafrán y la pimienta, la púrpura de Tiro y los tigres disecados de una Hircania mental, los ásperos manuscritos medievales y los cálamos robados del *scriptorium* con escalamiento y nocturnidad. Y yo aquí, preguntando sobre la identidad, ese desecho proliferante, baba de vanidad, llaga de la soberbia lenta, hecha de pausas y altanería sin halcones. Gorrión, pues, de la identidad: en un puño de paladeada trituración concluyo la discusión "que no va a ningún lado".

11. las leyes del mercado

Huele a leyes en el interior de los grandes almacenes. Es un olor punzante, de obligaciones y denuncia, de autos revocados y de autos estrellados contra el muro de los delitos, de los conflictos, de las desavenencias.

Reglamentos y cartas, renglones y misivas en donde se "redarguye de falsos a los de la contraria", desgloses en una intemperie de jurisprudencia y de microclimas abogadiles.

Es un olor de tinta y toga, de martillazo y venda sobre los ojos. Es un olor "legal pero no justo", indirecto pero envolvente, liberador y encarcelado. Es un olor de legajos y de las volutas perfumadas que se desprenden de la Letra Notarial Encadenada, tal y como puede leerse con dificultad en un par de manuscritos de 1630 adquiridos –evidentemente, bajo cuerda– en una tienda al aire libre de la Plazuela de los Sapos, lejos de los grandes almacenes.

Apólogos de la neblina

1. un cosquilleo de genialidad

Debajo de la sombra de las pieles humanas y en medio de la chamusquina de varios hermosos animales, Satán Trismegisto volvió la cabeza por el rumbo de los ruidos. Eran estruendos y murmullos, estridencias de la multitud adormecida: ciudades abajo, entre la maraña de las máquinas descompuestas, cableríos de olor penetrante a punto de reventar por la sobrecarga y las altas tensiones se dejaban escuchar como una sinfonía deforme. Satán Trismegisto olisqueó el aire e inclinó la testuz hacia la riqueza de su desayuno; bajó la cabeza como un magnate obediente y en el esplendor de tantos despojos se dobló con un espasmo sobre su propio vientre –se acercaban los amos, los señores de toda hora y legisladores de la Fortuna con sesos derramados, diestros en agarrar la cabellera unicapilar de la Oportunidad al solo pasar en sus raudos instrumentos de viaje, navículas voladoras y reptantes, invenciones sabiamente acondicionadas para toda clase de trituraciones y despellejamientos.

Con un aullido sordo, Satán Trismegisto trató de alejarse, pero no pudo. Los amos lo atraparon al vuelo, en el momento de despegar él del asfalto la pezuña caprina; lo zarandearon bajo los tilos cerca de la Puerta de Brandenburgo y lo soltaron en medio de tristes carcajadas en la entrada del Metro Balderas de la Ciudad de México.

El pobre diablo se tentaleó la espalda en busca de su almohada; pero en el traslado fulminante la había perdido para siempre. La muchedumbre de las 14 horas y 34 minutos comenzó a fluir de la boca del tren subterráneo y lo envolvió con un olor diferente del de los cables inflamados: una rezumante mezcla de emanaciones corporales, sudor y sangre y sebo, humo acerbo, bilis concentrada. Era otra llanura, una *temerosa y vibrante llanura de sombras*, el tiradero de un valle a todas luces metafísico –*mole sonámbula y regida* de carnes oscuras, alimentos apremiantes, iluminaciones débiles en las noches altas.

En medio de tanta gente, cerró los ojos con miedo y luego levantó los párpados violáceos; movió los brazos con un aspaviento patético y se dejó caer de rodillas al pie de una estatua de héroe o de villano. Debería esperar no sabía cuántos siglos más para el siguiente traslado. Debería

imaginar formas de pasar el tiempo y allegarse otra almohada. Debería hacer esto y lo otro –pero ya se sentía incapaz, anémico, con el alma arrancada como un apéndice maldito–; su obligación era continuar, perpetuarse, insistir en su ser, extenuarse para difundir el mensaje de sus entrañas: los amos se lo habían ordenado en el ovillo originario del tiempo, una molécula infinitamente densa perdida en la maraña de la inexistencia antes del estallido. Pero ya no tenía nada. Era una sola pérdida, una sola llaga, una aislada y desesperante silueta semejante a un desperdicio y a una cloaca, inmóvil, paralizado.

Se limpió la nariz sangrante y se restregó el pecho con un brusco ademán, como si quisiera deshacerse de costras espesas y supurantes. Lo deslumbró entonces la idea central y definitiva que había estado esperando desde siempre y sintió espejear en los sobacos un cosquilleo de genialidad. Era un espasmo enorme, una convulsión deleitada, una iluminación y un temblor.

En medio de la Ciudad de México, a las 14 horas y 43 minutos de una tarde cualquiera, dispuesto a seguir a cualquier costo su prometedora carrera como empleado de los amos, Satán Trismegisto movió la mano en un pase de magia negra o gris o azul o roja y creó el mal.

2. metamorfosis

Ella trataba de modificar el cuerpo de él con seis maniobras y diecisiete pócimas y once formas de gas y trece escalpelos de filo mellado y punta roma –pero las vértebras masculinas se lo impedían: eran como una Línea Maginot plenamente funcional para los intentos de quebrantarlo y metamorfosearlo; como una Muralla de Adriano puesta frente a las hadas y los elfos suspendidos de sus dientes de doncella sencillamente loca, desquiciada al modo de un topo o de un mandril.

Ella, impaciente, sacó una ametralladora de la bolsa del mandado y lo amenazó y soltó una ráfaga que hizo añicos el foco de 60 watts que lanzaba su estúpida luz desde el techo de la cocina. Él se resistió aun entonces y ella lo puso boca abajo, lo desnudó hasta la última mondadura y comenzó a despellejarlo como una fruta perdida entre los caminos asfixiantes de una isla tropical.

Él se reía por la descomunal sexualidad del momento.

Ella se deprimía con un gesto de bacterióloga acatarrada.

Ella sólo se entristecía al paso de los minutos y jadeaba. En la boca le

crecía un amargo sabor de reino perdido.

3. las leyes de la oferta y la demanda

"Dame la espalda", rogaba ella, "dame la espalda y dame los hígados de tu sueño y entrégame en un plato de llamas el perfil de tus abuelos y regálame una cucharada de tus hermanos y herédame, prodígame, derrámate sobre mí como un chorro de miel cortante o como un chorro de vidrio o como un chorro de lentas vísceras o como un chorro de sinuosos cortocircuitos."

"Si yo te diera todo eso", respondía él con un quejido de mansedumbre, como si lo estuvieran quemando con lentos tenedores rojos, "si yo te diera todo eso y así me derramara, entre cien gritos, entre apagones y vanilocuencia, tendrías que poner tus labios en la noche de mi animación suspendida; deberías beber sin pausa, durante cuatro minutos, el formol amarillo, incesante, de mis descomposiciones. Yo no estaría muerto aún, sino atravesado de costado a costado por una experiencia milimétrica de éxtasis. Tu pago sería la moneda de tantos rostros de agonía como deberás recoger en el tiradero de los laboratorios forenses, una aventura insípida pero necesaria para tus obligaciones conmigo."

"Dime lo que quieras. Gasta saliva y gritos."

"Tienes que pagar."

"Te voy a pagar..."

"Tienes que pagarme, ya."

4. el encierro del monstruo

Cuántos pensamientos y cuántos aciertos de prosodia puede llegar a experimentar Segismundo en un lapso breve, minúsculo de veras: ¿un minuto? Quizá menos. Es un prodigio, una maravilla. Es un monstruo. Pero un monstruo que nadie ha visto; un monstruo que nunca se ha mostrado, lo cual no deja de ser una paradoja digna de una crónica o un reportaje que nadie hará, nunca. (Esta escritura es, posiblemente, una carta apócrifa de Segismundo, una epístola dirigida a él mismo, que somos todos nosotros, encerrados, geniales.) Está encerrado, veníamos diciendo, como su tocayo; pero aquí no hay Polonia ni hipogrifos violentos ni reyes ni Rosaura ni nada de nada. Esto es Ninguna Parte y Segismundo se ha encerrado por propia voluntad. No desempeña tarea alguna, ni buena ni mala; no es útil ni inútil para sí mismo o para nadie,

pues a nadie ve, a nadie ha visto; se ha abandonado a la inacción, *que es la cordura*. Es una especie de pariente lejano de Kaspar Hauser, también. Tampoco se cree ni nos creemos aquello de “cada uno para sí y Dios contra todos”. Eso sería demasiado fácil. Tuerce la boca Segismundo y busca las ventanas en los muros. No hay ventanas. Casi no hay muros. Mira hacia el techo y no hay techo. El piso es blando, es invisible. ¿Colores? No hay colores. El volumen de su cuerpo es una dimensión intangible: parece no pesar pero experimenta alternativamente la sensación de ser un amasijo de algodón o un enorme yunque de hierro. Piensa, sin embargo; hace versos en su cabeza. Memoriza sus pensamientos como si fueran aforismos. Los versos se acumulan hasta configurar vastos poemas que cuando alcanzan en su mente el punto final se esfuman *como un puño cuando se abre la mano*.

La prodigalidad de Segismundo no conoce límites. Nunca ha entendido la noción de límites en este lugar o no lugar que habita. Sólo conoce los Diccionarios: una estantería diabólica y repleta de lexicones caudalosos de donde salen todas las palabras de sus filosofías y de sus aforismos y de sus versos que nunca alcanzan el estado coloidal del poema.

5. el agua enferma

El agua enferma rodeó los torsos, los órganos, los miembros y las deyecciones. El agua enferma se concentró al principio en la sobrenaturaleza de la vida interior: mecates, cubetas, macetas desportilladas, piedras quebradas, papeles arrugados, pelo maltratado. El agua enferma abrazó la piedra bezoar de los bolos alimenticios y la esfera del modo participial en el momento preciso, micrométrico, de solidificarse y brillar desde todos los ángulos.

El agua enferma –opaca, impenetrable, fluyente y mustia, a la vez– se difundió por los arrabales de la exterioridad, también: los mercados, las plazas, la bolsa de valores y los palacios del malgobierno. El agua enferma entró destellando en las oficinas pero nadie la vio ni la olió.

Pero olía y tenía una catadura de cosa surgida de la noche; tenía un mohín de charco y de objeto decadente; poseía una personalidad infame, gotas innumerables y un estilo de derramarse digno de un conde o de un viceministro o de un mercader de sustancias prohibidas que posara ante el destello del magnesio con una granada unipersonal en cada mano,

como los pequeños orbes sobredorados de los papas renacentistas.

Pero el agua enferma era visible como una montaña en estado constante de vibración y desmayo, de languidez autodestructiva –de ahí su propensión a la pose decadente y al suicidio ornamental–, de patología robusta y grumosa. Era un amontonamiento y una espesura, una selva azul y un bosque pardusco. Era una imagen sinóptica de la vida: cifra de batracios, proliferación devorante de lirios, apogeo de la lama y el moho, humedad fantasmal y omnipresente.

El agua enferma entró relampagueando en las ciudades y los pueblos. Nunca los ha abandonado. Sucedió hace siglos, milenios, evos: mecanismos mensurables del tiempo acuñados a semejanza del agua enferma. Enfermedad del tiempo: enfermedad del agua, el agua fugitiva que permanece y se va con un *siempre* en los ojos, con una eternidad en cada gesto.

6. la neblina

El volumen de estos cuerpos ocupa un lugar ilegítimo en el espacio. Debieron hacer una declaración patrimonial bajo la *sorella Luna* de las oficinas y presentar la documentación por cuadruplicado en la oficina adjunta de asuntos saturninos. Nada de eso era necesario, desde luego; pero la potestad reglamentaria sobre los cuerpos y las drogas de uso voluntario que pueden administrárseles dentro del régimen actual obliga a ciertas medidas precautorias de cumplimiento irrestricto. Nada era necesario, sin embargo.

De la neblina salían narices y sueños coloidales, edictos bizantinos acerca de la naturaleza profunda y superficial del Hijo, tomos irrisorios del siglo XV llamados *incunabilia*, *microchips* y chalecos brillantes de color mar vinoso, pantallas de plasma en desuso y cajas de chocolates vieneses: ¡tantas cosas desde los países borrosos encajados o sepultados en la neblina! No deberán asomarse los cuerpos ilegítimos a la neblina.

After Manganelli

1. ya se sabe que de algo hay que vengarse

No se piense que no he previsto las consecuencias de hablar de esto, de la venganza; ni de los efectos malignos producidos por quienes hasta ahora me consideraban un buen chico; ni de la gravedad de las acusaciones y sus ondas de choque, sus rizomas de savia negra.

Veo cejas que se alzan en la noche profunda y manos que ahuyentan la sola idea del vengador, de la venganza cumplida, del amago de una violencia sin descifrar, taimada y como esmaltada de crepúsculos infernales.

Convengamos en que no es para tanto.

La noche, ya lo he advertido, es profunda y está llena de consecuencias, dados echados sobre fieltros de futuro, acaso verdes; son ellos la futuridad de un lance misterioso.

Consideremos el epígrafe titular de estos renglones amargos. ¿Me vengaré? ¿Me vengaré de algo? ¿No es la partícula "ya", imperiosa –unida a "se sabe"–, una orden de índole intelectual, sobre todo por esa estría griega, acaso prehelénica, del mandato ("hay que": *aiké*), de su obligatoriedad implícita y avasallante?

Es como si la venganza hubiese ya ocurrido con el solo pensarla, saberla. ¿Y qué hago con "algo", esa indeterminación ominosa? ¿Por qué no "alguien"?

"Algo" tiene aire de cosa, de cachivache en forma de nube, de tacto derrotado en la niebla. Me vengaré con un arrasamiento de objetos, con una matanza de estanterías y un acezante desbaratamiento de alacenas impuras.

Que Alguien espere en la sombra a que concluya mi venganza de Algo. ¡Ah!, pero que ese Alguien fisiológico, penetrable, se cuide; porque no me encontrará extenuado sino dispuesto, ágil, encendido en la humedad rojiza de un idioma de puñales y acometidas bruscas, repentinas.

2. blátido en la oficina

Acércase en los labios enclíticos –garfios, antenas– de los *memoranda*. Enróscase una vez y otra, con tiniebla, en su grumo. Aléjase multidimensional sobre la pata de la catacresis: mesa de escarnio y

susto. Viénese en emisiones luciferinas, rastros amargos para la punta de la lengua que guarda los secretos. Estase quieto.

Llega la noche contumaz.

Guárdase en la separación y en la juntura para el zapato tempranero, la escoba y su ignominia, la cubeta malsana de la limpieza matinal.

Abre las alas de su sedentarismo: para insistir, pues que no piensa.

Se queda ahí.

3. caído desde el brazo derecho de la madre

He muerto al caer del brazo derecho de mi madre.

Ella lo extendía para señalar una soberbia necrópolis. Yo alcancé a vislumbrar la ciudad muerta –para allá iba, iría– y solté un gañido inolvidable: soñé que con mi apretado sonido gutural se estremecían cúpulas erizadas, techos rayados por luces púrpuras, calles atestadas de mercaderes bizcos e inmóviles, fuentes secas, bibliotecas enjardinadas repletas de volúmenes grises de sólo astronomía.

La necrópolis era un bullir detenido, como si una nube letal y paralizante la hubiese hechizado con un hedor magnífico.

Mi madre se sobresaltó con la insolencia de mi gañido. Encogió el brazo y en la magia de esa contracción, de ese retiro voluntarioso e indignado, emprendí el vuelo vertical hacia el suelo, sus inmundicias y su definitividad para mí, sellado con un golpe sangrante sobre la página de la superficie estéril, indocta.

Mi madre extendió el brazo, entonces, pero ahora su gesto iba dirigido hacia abajo, donde yacía yo con un gesto heroico.

Huesos rotos, desde luego; un derrame rotundo; linfas y membranas extendidas sobre la prosa horizontal del piso.

Madre, madre, madre de brazos blancos. Madre de este cadáver auroral.

Madre peregrina que me dejaste caer, me proyectaste en la seda vertical de la gravedad y me implantaste en la oscuridad eterna de otro útero, de una matriz diuturna, esta fiebre de ceguera y silencio que me rodea.

4. matiz de un desprendimiento

Veo en este poema un matiz de desprendimiento. Un acto raigal de sublevación y lejanía: tal es su paradoja.

Al separarse, al desprenderse, al dejar de ser fijación y sedentarismo,

adquiere con plenitud su ser-poema, su vuelo hecho de palabras y ortografía, sintaxis y cláusulas, pies y tesis, esmalte de sílabas y perfiles grecolatinos de largura y de brevedad ilusorias; pero queda en su centro móvil un aire o un aroma de cosa plantada, de organismo que se ha arrancado y en el arrancarse posee su cuerpo y lo despliega, lo ofrece a quienes lo leen. A eso llamo "matiz de un desprendimiento".

5. abluciones a deshoras entre ínfimos trapos

Me lavo con ansiedad. Manos-macbeth sin duda ponen sitio a mi cuerpo. O no; será mejor que destierre la cita literaria a la que no acudiré. Mientras me lavo, pienso; no, no pienso: siento con la mente, con esa angulosa protuberancia que me sale entre las falanges.

Ya ustedes lo adivinaron porque son unas personas muy listas: pienso con las manos, mientras me lavo. Lavarse pero inclinado; no vertical, para evitar el acecho de la invitación a elevarse. No quiero elevarme sucio sino limpio. Cielo de lavarse, pura agua de lluvia en el manantial de este baño doméstico.

¿Y los trapos, estas telas insulsas y contingentes? Son una forma de olvido, un *ay* que arrasa con sus tocamientos inauditos el cuello y las piernas del que se lava, un monumento en proceso de deshilachamiento, una infecunda forma de amasijarse el mundo ante el trance de lavarse.

6. ante un manuscrito del siglo xvi

Ante el facsímil del Manuscrito de Sanlúcar de Barrameda balbuceo como una criatura. Luego, intonso, adornado con una paranoia sólo mía, me armo de valor.

Salgo con enormes trabajos de una celda monasteril en Toledo. En el Tajo nadan ninfas de largas uñas cosméticas y torsos flexibles de sustancias superconductoras y brazaletes de magnetismo repletos de información bursátil.

Avanzo entre los tecnócratas y los inquisidores. Nadie sospecha que llevo dentro de mí, sacado de las bodegas internas de una caligrafía del siglo XVI, un bálsamo rectilíneo, violáceo, con goterones de tiempo en los dobleces, emitido con un susurro de abejas endecasilábicas.

Nadie se pregunta quién es este individuo que parece un pescado frío incapaz de articular un "buenos días" en *neospeak*. Sigo teniendo frente

a mis ojos el Manuscrito. Soy atónita garza-lectora ante la caligrafía-neblí.

Esto es la estilización de una tarde. Tres, cuatro horas de lectura civilizada.

7. ignorancias cubiertas de moho magnífico

Con ojos embebidos en acezante negatividad: así comienza, sólo para trastabillar entre tablaturas tartamudas. No prosigue; no ha comenzado, en realidad. Todo es adverbio negro para su sed confusa. Ignorancia, ignorancia.

Arrabalera ignorancia de billares baratos en donde es imposible encontrar, siquiera, manchados volúmenes de la Enciclopedia, restos sin encuadernar de los manuales simplificados y turbios de magnífica baba, silabeos de los datos contumaces de la filología menos esbelta, retazos rojos y negros de la pendenciera filosofía crítica o revolucionaria del último cuarto de hora. Ignorancia del tiempo que hace, de las meteorologías europeas, del congreso de numismática, de los castillos provenzales.

8. precristianismo de la joven poesía

Cuando el joven poeta pone la palabra “demonio” en un verso, no se detiene a pensar. En la llovizna lenta de su sintaxis esa palabra cunde por todo el texto.

Si la escribe sin convicción, de todas formas ella se desdobla y contamina –con una anemia medicamentosa, iatrogénica– la prosodia circundante.

Si la escribe convencido de saber lo que hace, sobreviene una pululación, un desarrollo de enrojecidos tentáculos y una diversidad de perfiles de pobreza inaudita, de precariedad y desesperación.

Puede ser también que sólo sepa a medias, que titubee y escriba sin cautela, con una eclipsada seguridad de falso y fiero sabio: entonces el efecto centuplicado del vocablo se dejará sentir en el poema final más allá de la grafía, consecuencia penosa.

El rostro del joven poeta se verá rodeado de ceniza, de rabos cortados de mala manera, de cuernos arrancados de prisa, de cerdas quemadas de cualquier modo, de altares tajados y de escapularios escupidos.

El esternón del poeta joven se transformará en un templo y en una cruz simultáneos; no podrá inclinarse debido a la rigidez del pecho;

permanecerá enquistado, con una verticalidad de mártir, en medio de las tres cuartas partes de su tormento, sin sonrisa ni beatitud; terminará empapado en la vibración pagana, precristiana, de una poesía anhelada, sólo constituida por la miseria irradiante de su escritura.

9. bulto sobre cabeza

Sobre mi cabeza pondré un bulto de telas blancas atado con cintas amarillas. Del volumen, la longitud y el grosor de un antebrazo, el bulto contendrá el misterio de mi gestación y los emblemas de mis destinos irradiantes y todavía inmóviles: futuros plurales, paralelos, proliferantes.

Uno de esos emblemas –de zurda profundidad, acre y sensual, bañado de crispaciones etruscas– es el Rizoma. Lo acompaña un texto latino que habla de víboras y de patatas, de organismos gubernamentales y de variaciones míticas. A un lado de las imágenes, marcas de navajazos dibujan rostros de anemia y muecas de indignación sociopolítica.

No ignoro la gravedad del bulto, la pesadumbre antigua, sus haces de virtualidad, sus morosidades. Sé que mi cabeza es su apoyo ideal. En la estilización del cuello discierno, como por medio de un impulso ascendente, la mística inmanencia del bulto, su vocación de anacoreta, atado con cintas amarillas como un cordel de franciscano.

10. hombre gordo con una pluma en la mano

No interrogaré a ese hombre gordo que empuña, como si fuera un estilete, una pluma de no sé qué color.

¿Por qué hago como que pregunto esto, con una retórica infinitesimal? Como si me importaran los colores de plumas de escribir –esa catacresis aclarada, ¡siempre al acecho!–; como si no me importara más mi reticencia a preguntarle algo (¿nada?) a ese hombre gordo, acaso profundamente miope, ignorante de mi existencia. No le puedo preguntar nada porque prefiero la reticencia de mi temor, las elegancias puntiagudas de un miedo que siento con un escozor agradable y tímido. Además, ese hombre está inmóvil; claro: está ahí, mudo –quizás ya ha muerto–, en una fotografía.

Y si le preguntara yo algo, ¿respondería? Le preguntaría cómo llegó a concebir una cierta ciénaga, aquella noche cúbica y descomunal. O no: inquiriría por sus hábitos, por sus manías inconfesables. Querría yo saber sobre sus lecturas de antenoche, de esta misma mañana.

Le diría: “¡Sire!, ha sonado la hora de los desastres minúsculos y

definitivos y usted debe ponerse a salvo cuanto antes”, mientras allá afuera, en el simulacro de los suburbios, turbas pesadillescas arrancan mechones sangrantes de cráneos golpeados una y otra vez.

II
ERMITAS ENVUELTAS EN MÚSICA ELECTROACÚSTICA

Cábalas metafísicas

“Lo que necesita esta sociedad es una metafísica. No va a servir de nada darle diáfanos instrumentos de desarrollo político, si antes no reflexionamos sistemáticamente en las verdades últimas.” Dicho lo cual, el filósofo dibuja ante los oyentes una sociología trascendental.

En ese mismo instante, a media conferencia filosofante, el poeta hermético, que ha entrado en el salón porque no había otra cosa que hacer en una tarde gris y deshabitada, mira cómo se desliza por la ventana, sobre la brisa de agosto, un puñado de golondrinas, y reflexiona en esa múltiple “escritura hebrea”.

¿No sería mejor una cábala para todos esos problemas y urgencias, expuestos con un aplomo aristotélico? ¿Mucho mejor mirar los signos del cielo y descifrar en ellos un destino vinculado a la tierra y al devenir atmosférico? Sin signos de interrogación: “Mucho mejor mirar los signos del cielo y descifrar en ellos un destino vinculado a la tierra y al devenir atmosférico”. Magia, pura magia; no un despliegue de enigmas razonados. Conjuros para la piedad y la salvación de nuestros semejantes, confundidos en los infiernos del hambre.

Al concluir la conferencia, el poeta se va a caminar sin rumbo fijo por las calles del centro de la ciudad. Da limosna dos veces: una, su moneda tintinea agriamente en una lata vacía, que una mano sin cuerpo y sin mirada le tiende con ansia; otra, su propia mano roza unos dedos femeninos sucios e infantiles.

Los pájaros llenos de gracia han desaparecido. Después de la segunda limosna, el poeta hermético se mira la mano: aquella mano pordiosera le ha dejado en la palma una manchada silueta de golondrina.

Donde el poema

El poema está sucediendo afuera. Adentro, aquí, veo tazas, cuadernos rotos, bacinicas y floreros desvanecidos en la luz de las diez y media de la mañana.

El poema parece fulminar las ventanas con su elocuencia. La pobreza del interior podría tener una cierta nobleza derrotada, pero no la tiene – es una deriva mustia, sin sal, sumergida en el delgado cieno de la costumbre, de las inercias civilizadas. El poema, allá afuera, es magnífico: una bestia de rubias tripas y melenas abullonadas o crines longilíneas.

Adentro, un hombre respira y se inclina a recoger papeles del suelo. Día, prosa, noche, luz de poesía, estrella del cansancio: con un ritmo sedante las palabras comienzan a entrar por la tela vespertina de las ventanas.

Los objetos de adentro se empapan de palabras. Afuera, el poema se ha quedado sin palabras, como una reina internacional de belleza.

El búho y el pozo

El búho se asoma al pozo minervino y explora con sus ojos-monedas-de-oro las humedades parietales del descenso y calcula con su plumaje sensitivo las anfractuosidades de piedra, argamasa, junturas desgastadas, limos y moho. Piensa sin pensar en esa hazaña absurda: calarse hasta el fondo de las oscuridades. El agua estancada es el opuesto dialéctico de los aires y de las ramas en su hábitat familiar; representa lo contrario de sus costumbres; lo desafía con una vaharada intangible de sombras y de misterio. ¿Cuánto mide el pozo, qué vara deberá utilizar para hacerse una idea de esas dimensiones inestables? Mueve la cabeza redonda y azorada de un lado a otro, balanceando la mirada, atenta al ritmo de su metabolismo nocturno. El búho medita. Sus alas son inmensas y no podrán abrirse durante la visita vertiginosa de la espelunca; por eso deberá proyectarse hacia abajo como un proyectil ahusado, dinámico, dirigido a la negrura insensible. Afuera, la tarde se va disolviendo en grises y magentas. El búho trata de adivinar los vislumbres de la otra oscuridad, la del eterno manto y las músicas evocadoras de un sentimentalismo sonámbulo. Nada de evocaciones para él. Sí, en cambio, las sabidurías prescritas en los emblemas y la simbología. Es un animal y lo sabe: es su primera sabiduría. Se hunde, se sumerge: un estremecido vuelo vertical hacia abajo, hacia adentro. Vuelve cubierto de endiablados licores, de líquidos profundos. Se los sacude con un movimiento brusco de príncipe metafísico. Abre las alas y se dispone a regresar. La atmósfera exterior se prodiga en tonos apenas concebibles de azul y de ocre. Emprende el vuelo. Atrás ha dejado, por fin, la aventura desconocida del pozo minervino. Lo ha hecho para cumplir un destino –pero sabe que el pozo no es menos profundo que el cielo hacia cuyo ciclorama vuela con un aliento magnífico.

El payaso de las bofetadas

Suspendido de un gas, inerte y cariacontecido; enmascarado contra su voluntad por un pedazo de niebla metido hasta la última célula en sus angustiosos rasgos faciales, el payaso de las bofetadas quiso convertirse en un príncipe o en un secretario de la Oficina de Recaudaciones.

¿Cómo hacerlo? Una empresa arriesgada. De principesco apenas tenía la estatura y la delgadez; con el secretario de los tributos –cuyo oficio ignoraba hasta el último detalle– sospechaba que compartía un talante nocturno.

El recuerdo de las bofetadas era un tesoro inmundo, un agravio en forma de daga florecida, un veneno continuo contra su piel. Tenía la cara pintada y debajo del maquillaje una serie de atroces magulladuras en forma de palmas de mano.

Ahora, el gas lo envolvía. Era un último gas, proveniente de la cocina. Todo estaba sellado en su minúsculo departamento y sus anhelos de ascenso social se verían frustrados una vez más por su enésima muerte de gato bufo.

El soldado universal

En los tercios de Flandes vi llamas sobre el lodo, altas y desmañadas como los harapos de una bruja, brillantes a pesar de los sudores y de la sangre derramada, que me llegaba sólo un palmo debajo de la rodilla. En la batalla de Santa Ana del Conde estuve a dos metros del simpático general sonorense minutos antes de que lo alcanzara el obús que le desprendió un brazo. En Ypres me cubrió una nube de gas mostaza y al salir de ella tropecé con una pierna inglesa, tachonada de *shrapnel*, que había perdido su cuerpo. En las playas de Normandía examiné los cadáveres mojados y ametrallados desde la caserna de los *boches*, ¡malditos sean y maldita sea su madre! En medio del bombardeo de Dresde abandoné mi batería antiaérea porque la tormenta de fuego había encendido la ciudad de punta a cabo como una peste infernal. Durante la Ofensiva del Tet vi cómo los rubios musculosos y los negros monumentales huían despavoridos, y nos dejaban el campo libre para prender hogueras apocalípticas con los aviones y los pertrechos que nos negábamos a utilizar, aunque buena falta nos hacían.

Todo lo he visto; lo he sentido todo, y todo me ha recorrido las entrañas y el sueño: lo arrancado y lo exánime, lo sucio y lo desgarrado, miembros y ojos con la impronta de los castigos.

Ahora me tiendo a tratar de pensar pero tengo la mente en blanco. Miro el cielo y pasa un *jet*. Miro la tierra y siento la desgarradura de los fenómenos. Pienso apenas en lo que leí alguna vez en un libro sudamericano, aquellas palabras diáfanas y tristes de un improbable poeta árabe: *Ojalá yo hubiera nacido muerto*.

En la calle de la Paja

¡Prisma coruscante! ¡Aleph intempestivo! ¡Aleph anómalo! ¡Tinta longitudinal, sanguaza en la cadencia cisoria de la carne derrotada! ¡Presencias para el reverso del mar tumultuoso y la tensión desplegada entre las presencias! ¡Fermentos y aceites del mundo! ¡Pobreza y sonambulismo, maldiciones y drogas quemantes, mutaciones y gatos bizcos!

Al *beké* las caderas de las sirvientas y la biblioteca podrida al final de la singladura; a los esclavos, la minuciosa exploración del dolor y sus estrellas cefeidas en la temperatura de un latigazo; al alcalde-poeta, el óbolo de las visiones y la conversación febril en el liceo Louis-le-Grand y las páginas quemantes del Pájaro Cham.

He aquí el milagro de una mirada cautiva en Castries ante la cascada resplandeciente de Homero, los cadáveres ensangrentados en el seno del Escamandro en la Rapsodia XXI, el brillo equívoco en la mirada de la diosa guerrera y la tristeza del petróleo en los ojos levantinos del prodigio.

En la pirámide

El vértigo de las alturas lo envolvió: punzadas en las corvas, cosquilleos, un velo sedoso de mareo.

Estaba en la punta de la pirámide; el ascenso había sido laborioso; el sobrepeso lo atormentó minuciosamente en cada escalón. Se miró la punta de los zapatos; luego examinó sus manos, sucias de polvo y del sudor que le había goteado del rostro. No quería mirar alrededor ni mucho menos las alturas, diáfanas y azules, de ese mediodía deslumbrante. Sabía perfectamente lo que le sucedería: el vértigo lo doblaría al punto del desmayo.

Un susurro apenas oíble lo distrajo. Pensó en una hoja desprendida de los árboles que veía en esos momentos allá abajo. Pero no era una hoja: era un colibrí. El diminuto pájaro estaba a menos de un metro de su cara y parecía verlo directamente a los ojos. “Imposible”, pensó; “estoy soñando.” La microscópica voz del ave le dijo que sí, que estaba soñando. Que no era ese hombre, obeso y acezante, que casi se había odiado a sí mismo durante los agónicos, interminables minutos del ascenso. Que era alguien diferente. Alguien con responsabilidades sublimes. Dejó de escuchar al colibrí y miró hacia lo alto, hacia el sol rojo de sangre, y sintió en la mano el volumen afilado de la obsidiana y descubrió alrededor, en medio de un temblor de miedo, los rostros de los vencidos.

Fábulas de familia

Él no le negaría una explicación y ella no lo rechazaría, aunque lo dicho lastimara, escociera, desgarrara la tela fina de su vigilia adolescente. Él quiso verla a contraluz y ella no se negó: un perfil contra una luminiscencia violeta. Ella lo metería con denuedo en una pesadilla de convenciones surrealistas y le explicaría que en eso consistía el nuevo academicismo –todo parecía suceder en la mitad de los años treintas– y él aceptaría el triste juego de espejos, la agonía de verse rodeado de quincallería, títeres, obesas estatuas y riscos repletos de musgos en-la-inclinación-Max-Ernst de la perspectiva. Ella le abriría los ojos con un tenedor y él le dibujaría en el hombro derecho, con una quemadura irrestañable, la silueta de un ornitorrinco. Ella le entregaría un pie de tío y él le daría un tobillo de bisabuela, ambos regalos una protesta formal contra la institución familiar, ese *criadero de alacranes* –pero nada los salvaría del ominoso gesto de los cuñados y de la bizquera atroz de los sobrinos, todo ello encaminado a convertirlos en dóciles equilibristas de la negación, la negociación y el oprobio consanguíneo.

Idea exhibicionista

Al dar la vuelta por el hemisferio izquierdo, la idea se desenmascaró y abrió su gabardina fenomenológica para exhibirse sin el menor pudor. Las señoritas dejaron escuchar en el ámbito un gritito obsceno. Luego abrieron los ojos como unos platos.

–¡Unos platones! –dijo la idea.

–Pensar está en griego –le repusieron las señoritas, un poco más tranquilas.

La idea fue diluyéndose como una viscosidad de pastelería.

Las señoritas volvieron a sus faenas: hacer calceta, mecer al niño, corregir las pruebas de imprenta de un tomo sobre Santo Tomás de Aquino.

La esencial heterogeneidad del ser

Ah, cara de bruja, microespantajo, lúgubre quimerista: te he buscado como a mí mismo, detrás del refrigerador, debajo de los muebles, en la espalda feroz y polvorienta del “cortinaje espeso” –frase de buenos y celebrados noveleros.

¿Dónde estás? ¡Huyes! En mis labios depositas una caja de silencio y murmuras endechas para ti mismo, doliéndote de mi extinción. ¡Funerario, tanatofílico, *figlio* de pu, zarandajo con el rostro vuelto a la tierra miserable, saturnino de espíritu encenagado! ¡Muriérame yo para tu fiesta de incivil plañidero!

Sigo buscándote, sigo por la noche vagamunda procurando tu notomía de nocturnidades infinitas.

Sigo y sigo, allá lejos estoy, como disminuyente y de espaldas –visto por catalejo puesto al revés.

Y sigo, sigo sin encontrarte, encanecido tú de no mirarte yo y yo cadente y desunido de no tenerte cerca, mío, ajeno, tú, yo mismo.

La historia y los estilos

El reino fue perdiéndose a lo largo de los años. Primero llegaron los bárbaros, que no tenían ninguna solución ni trajeron fiestas ni riquezas; únicamente un nuevo estilo de aburrirse y angustiarse y de maltratar a los demás.

Luego las crisis económicas, inmensamente aburridas y angustiosas. Más tarde, los desastres naturales. Las convulsiones sociales, los errores de los gobernantes, la esterilidad de los pensadores, el capricho de los artistas, la indolencia de los profesores, la violencia creciente de los criminales, la insaciabilidad ciega de los comerciantes: todo contribuyó a la pérdida, esmaltada en todo momento por la angustia, por el aburrimiento.

Ahora vivimos en una república y todo mundo habla de democracia.

Algunos sospechan que el ciclo ha recomenzado con un nuevo disfraz. El problema está en la solución, afirman: estilos de angustiarse, estilos de aburrirse.

Yo nada puedo contribuir a esos debates apasionantes. Vivo encerrado leyendo poemas y libros de historia natural. Tengo mis propias pérdidas: mis repúblicas íntimas en trance de destrucción, los reinos a los que veo disolverse como terrones de azúcar en el agua de la soledad.

Las voces

Tiembla una voz en medio de la hora. Y otra voz tiembla detrás de las ventanas, sobre la superficie astillada de las esferas, entre las manos abiertas de la lluvia y aun debajo de las piedras ensordecidas. No hay silencio posible para esa multitud exasperante.

Segundas voces, terceras, enésimas, se suman, se amontonan en una confusión de nervios, exhalación, ruidos, aire continuamente recorrido, de punta a cabo, por vibraciones y por sílabas.

Una voz es un grito y otra es una plegaria sin forma, un ruego deshilachado.

Es posible ver bocas abiertas y labios con las comisuras cubiertas por una tenue saliva. Y dientes fieles, encajados arriba y abajo del estruendo y de la fluida corriente de las voces.

Nadie se calla. Las voces toman cuerpo. No son ya nada más "voces que se oyen", acaso dentro de la cabeza enloquecida, sino rectas o difusas formas de los enredos de la atmósfera –aunque invisibles, ciertas.

Hay una exclamación y luego un suspiro alrededor de dos palabras musitadas. Hay diecisiete frases que circundan un rostro sin expresión que van fecundando; luego, los rasgos de esa cara desconocida adquieren volumen y presencia, dicen todo lo que de la dentadura y la lengua y la neblinosa laringe se desprende.

La hora se convierte en tarde. Llegan la noche y el silencio. Entonces las voces se esconden. Callan con una majestad llena de promesa y estrépito virtual. Volverán.

Lobos y madrugada

Se encendieron lámparas chinas debajo de los peñascos. Una ceremonia podía iniciarse de un momento a otro: un rito sin duda crepuscular con ingredientes de multiculturalismo, ¡algo intolerable! Un exceso de teoría ante el primitivismo; una pedantería irrestañable. Una cuadratura de círculos teoréticos, algo semejante a rombitos que se hubieran desprendido de un círculo académico de masturbadores insomnes.

El rito no debía llevarse a cabo por ningún motivo.

Los antropólogos y los semióticos conferenciaron.

Los *litterati* y los aprendices de novelistas de éxito desencadenaron su cháchara insolente.

Los profesores y los investigadores de la esencia lunar discutieron durante veinticinco segundos.

Los lobos se desplazaron sobre la llanura, debajo de otros peñascos más reales. Brillaban con su color gris y con su color negro: círculos de ojos de oro y entrecruzamientos de patas y yerbajos durante la carrera de su desplazamiento. Llegaron a tiempo a verlos a todos juntos, en la madrugada. Consideraron la situación y volvieron sobre sus pasos como fantasmas principescos. Los testigos del rito nunca comenzado ya habían comenzado a entredevorarse.

Los ermitaños de las lunas azules

Si avanzo esta noche hasta el Puente de los Milagros, podré cruzar hacia el principio de mi libertad: el país de los ermitaños de las lunas azules. No sé nada de ellos; o mejor todavía: sé que su alimento son las víboras que en las mañanas frías encuentran debajo de las piedras. Beben, se afirma, el rocío acumulado en los pétalos nuevos de las flores –un solo trago, minúsculo, les basta para vivir durante varios días. Sus vestiduras, dicen, fueron tejidas con pelos de doncellas dormidas y con la seca rebaba de las telarañas de los monasterios abandonados del Sur, esos edificios sombríos sujetos periódicamente al áspero viento ábrego.

He oído contar cómo esas ráfagas traen con ellas cristales arenosos y escamas de bestias desérticas; en las alas hirsutas de ese viento bronco se gestan las tormentas que matan con un silbido corto y una sacudida feroz –luego los cuerpos sepultados aparecen intactos, como si los hubiera golpeado el ala de un ángel.

Los ermitaños rezan bajo la luna azul de octubre; nunca se bañan y saben todo lo que hay que saber de este mundo y del otro: conocen perfectamente el agua y todas sus propiedades y magias –por eso nunca se bañan. El conocimiento los ha detenido en un solo gesto, una curva de la espalda que los mantiene con la mirada fija en el suelo, con una actitud de derrota y meditación perpetuas.

Así viven y sólo se agitan un poco bajo la brisa leve de la primavera. Es como si se despertaran o como si salieran de capullos invisibles. Quiero creer que los encontraré así, despiertos, y que me ayudarán a llegar hasta la frontera, donde nadie podrá encontrarme.

Luz dividida en Madrid

Una luz dividió el cuarto donde Rubén Darío trataba de escribir. Del lado de allá, un ejemplar del *Quijote*; del lado de acá, las hojas de papel de barba con tachaduras y la carta no leída de un joven poeta en busca de orientación y ayuda. Del lado de allá, algunas colaboraciones inacabadas para revistas odiables y del lado de acá un mensaje manuscrito de Juan Ramón Jiménez. Del lado de allá, el fulgor luciferino de una botella de coñac o de whisky; del lado de acá, un alucinado perfil de fauno o de princesa o de cisne. Del lado de allá, el pesar de no ser lo que él hubiera sido y del lado de acá, naturalmente, la pérdida del reino que merecía él, sin duda, como nadie: una llanura azul y la sombra de un ruiseñor y el alma de una alondra matinal.

Cuántas cosas divididas por la luz, una luz más parecida a la sombra que la cascada solar o a la sinfonía de los amaneceres. Maldita vida, maldita. Vida de paz e infierno: bendita por esa calma inalcanzable y esa soñada figura indefinible –una mujer, acaso, o un paisaje lento de Nicaragua, unos cuantos amigos y la veladura destellante de la poesía, el infinito estremecimiento del poema, el aliento de la noche que de pronto debería llenarse de luz y se llena, en cambio, de ruidos y amenazas. Y sin embargo, el poema se acerca y le toca el pecho y lo rodea y se insinúa en sus manos y sus ojos y por fin comienza, como un animal que empezara a deslizarse dentro del corazón de un demonio arcangélico.

Me retiro, me repliego, me alejo

De un extremo a otro de esta calma hirsuta –planeta jaspeado por olor de limones y por imágenes encontradas de cerámica griega–, avizoro un perfil que puede ser el tuyo o el del conde de Lautréamont. Voy a averiguarlo, pero no antes de colocar en la nariz de la constelación de Orión una hoz luminiscente que dejará en la sombra la Espada del Cazador. Son imaginaciones que me asaltan en la hora imprecisa del amanecer en que mi cuerpo se sitúa en la confluencia de melancolía y estornudo.

Pedro me dice que diga “malanconía” y Juan me grita a seis centímetros de la cara que mi posición política quisiera ser la de un semidiós y es solamente la de un simio y María me deletrea un verso astral de la *Eneida* y Guadalupe quiere sumergirse en mi mano derecha para sacar de sus venillas intrusas el origen de las caricias sonámbulas. No sé dónde está Tomás pero estoy seguro de que me lo dirá el secretario de la luna. César me pregunta si se dice “Lugones” o “Lunones”, lo que me deja meditabundo: le respondo que de las dos maneras, pero que si dice “Lunones” tendrá que resignarse a que lo motejen, quevedianamente, de *corva alma*: epíteto lleno de sufrimiento y malanconía.

No encuentro las llaves del agua de la luna: ¿deberé preguntarle al secretario? ¡Las aguas siguen abiertas y nadie las cierra como si fueran las puertas de un paraíso libertino! (Los signos de admiración y los paréntesis han infestado los barandales de la residencia principesca: quiebra de la poesía.)

Me retiro, me repliego, me alejo cinco centímetros, para gozar de esta calma hirsuta. Luego regresaré a mi sitio de tristeza y de remedios caseros. Espérenme.

Mendigo fabuloso

El poema se inclina bajo la lluvia como si buscara en el pavimento de la banqueta una moneda extraviada. Se dobla, mendigo fabuloso, a la intemperie de noviembre.

Sus palabras son los harapos que lo cubren; una lata vacía de sardinas es el título, medio oxidado.

La lluvia cae, imparcial, sobre la frente del poema; es su margen izquierdo, empapado.

Con las manos ateridas –son el margen derecho, desigual, proyectado hacia afuera– se limpia los ojos con una desesperada resignación: de sus pupilas de tinta y blancura se desprende una onda de luz débil, declinante.

Busca el poema sobre la superficie de la calle algo que se ha perdido: un significado, un retruécano, un quiebre de la sintaxis.

Trata de encontrar el matiz de una imagen, borrosa ahora por la cortina torrencial de la lluvia.

Extiende su brazo de gramática y rechinido, hasta que encuentra lo que quiere en medio del agua horizontal que ahora crece, cayendo, como un irresistible oleaje en busca de la hondura de la tierra.

Con el hallazgo seguro entre sus ropas raídas, el poema levanta la cara hacia los cielos impetuosos.

Lo que se había perdido está de nuevo en su poder.

El poema observa cómo el silencio circundante se llena de voces bajas, de murmullos oblicuos.

Monólogo del color negro

Mis relaciones con el color negro deben ser olvidadas. Esta decisión, sin embargo, presenta algunos inconvenientes: es obvio, por ejemplo, que he identificado el olvido con la negrura, como mucha gente. Debo entonces decidir algo diferente. “Mis relaciones con el color negro deben ser archivadas.” Eso está mejor. Pero ¿no es la palabra “archivadas” una mera metáfora de “olvido”? ¿El acto de archivar –en lo que llaman los oficinistas “archivo muerto”– no está consagrado al servicio del olvido, nutriéndolo de una colección de objetos o documentos inútiles?

Veo cómo se destacan en el color negro, tal y como lo recuerdo, cajones flotantes y muebles de acero industrial con gavetas para guardar hojas y cartapacios. Veo el color negro y sus bordes oceánicos, sus playas melancólicas. Veo la noche y pienso que debo abolir esa negrura, con un odio racista y astronómico. Veo mi propia memoria y sus hoyos negros, sus oscuras galaxias, sus estrellas muertas. Aboliré la noche y sus recuerdos. Veo la blancura de la espuma, esa forma de la poesía en pleno estado de devenir: ligera, salina, rizada y frágil, hasta la extenuación.

Deberé escribir sobre esa página palabras de un albor desencarnado e implacable. Nadie podrá leerlas ni recordarlas, una vez que el color negro haya desaparecido de mi existencia virginal.

Noli me tangere

El escenario y el clima: Lluvia en las ventanas, con un fondo de arabesco y Ligeti, franjas de meteoros en proceso de disgregación, rayos y rayos y nubes.

La situación con visos de tragedia menor: ... Y una vez más la sombra de una mano en el momento de acercarse a dónde. Milímetro a milímetro, en la tempestuosa transparencia, en las volutas acuosas de las cuatro de la mañana: figuras decrecientes y grises después del vodka y el abrazo irritado, después de vestiduras caedizas y tazas de café únicamente consagradas a manchar, a perdurar, a amargarse sin remedio. Toda esa utilería diseñada para entrar en el nervio azul del hombre sentado y en la escasa visibilidad de las habitaciones, apenas lo único que le queda al individuo, no menos decreciente. Mano de dedos vespertinos, de narcóticas junturas y de nudillos recién visitados por el recuerdo de una playa de arena bronca y mariscos suntuosos. Mano de hielo: lo opuesto de la mano en llamas de Sofronitsky. Mano de quién, mano de cómo, mano de interjección y falanges saludadoras en la plaza del sol de tu contrarrevolución metabólica. Mano de no me toques, mano de dame a leer, mano de poetas menores y mano de salsas agridulces derramadas sobre la camisa favorita y su comisura izquierda y su vertiente de agria desnudez. Mano de noche y tegumento, con una palma que da sombra en Palmira y un dorso dórico. Mano de amanecer junto al fantasma y de adormecerse en la tiniebla funámbula del tacto.

Octogonal

Me he golpeado la cabeza en el ángulo norte de la pila bautismal.

Con la mano derecha me así al ángulo sur y con la izquierda recorrí cuatro caras de la piedra nominativa; luego, con la otra –la sureña, perdida en una ensoñación de arañas y de garfios–, rodeé con caricias las cuatro caras restantes.

El este y el oeste estaban secos: mis palmas sudaban con denuedo. Abrí la boca para decir el nombre de mi sangre. La noche de la cúpula eclesial se cerró sobre el torbellino que formaba mi pelo.

Penumbra sacra: desorientación: extravío bizantino: en la oscuridad, ninguno de aquellos caminos me conducía a la Roma de mis deseos satisfechos. Sólo estaba la pila, ahí, escueta, monumental, como un cangrejo-herradura o un soneto barroco, echando luces a diestra y siniestra y por los cuatro lados tenues de mi desasido corazón, de mi planeta visceral.

Otra forma del agua

Al fondo de la piscina vi otra forma del agua, ¿o era la camisa de Yáñez en su abullonada simpleza, en su claridad impasible, en su monumental ceguera de cosa hundida?

No era la camisa sino una forma del agua, una ondulación encajada en la quietud reflejante.

Una vez vi a Yáñez con esa camisa; era un día un poco obtuso, trabado por cigarrillos a medio fumar en una página de novela, y Yáñez no podía hablar debido a una sospecha de légamo en la garganta.

–Una incomodidad... Pero pasará, pasará –decía él, con un esfuerzo–. No se preocupe usted. Hace cuatro años dejé de fumar, pero...

El agua dibujaba imposibles gargantas en el ojo de la piscina.

Los nadadores eran puro humo en esa prosa sólo salvada por la sospecha o el soplo de otra forma del agua.

Personajes para tragedias modernas

Los que se abren el pecho con una pesadilla y suspiran bajo una luz dorada, los que se ahogan en la palabra *no* y luego discurren –con una filosofía súbita e irritante– sobre "la negatividad", los que acudieron al banquete y se llevaron las sobras para guardarlas debajo de una lámpara de polvo y observarlas con detenimiento, los que comieron en ese mismo banquete y, ahítos, prepararon una cama lujosa para engordar a gusto a lo largo de la noche, los que surgieron de repente en la fiesta y echaron a perder el brindis del candidato presidencial, los que una mañana levantaron los brazos para exclamar ateridos de miedo "nunca nos vencerán", los que agonizaron sobre las páginas de un libro difícil y continuaron hasta la madrugada en que la luz llegó, doble y benéfica, los que no se han levantado aún de la cama porque las sábanas son para ellos la última frescura que queda en el mundo, los insomnes y los ladrones, los viciosos y los redimidos, los sobrios exuberantes y los que se miran largamente y con ardua tristeza en el espejo, los vanidosos de última hora que han decidido que la edad les "sienta bien", los agitadores que prefieren la torre de marfil y los sabios especialistas en minucias recónditas que echan a andar revoluciones.

Su hermano

La huella del sudor no debía distraerlo al inclinarse sobre el rostro muerto, el remate de ese organismo inmóvil, el cuerpo distendido y acostado boca arriba sobre la inercia de la tierra. Debía concentrarse en registrar cada uno de los rasgos: la nariz ancha y picada de viruela, los labios delgados y ya azulosos, el dibujo firme de las cejas, los párpados ligeramente hinchados, las arrugas de la frente ahora en trance de alisarse por el rigor de la muerte. El calor era una especie de plancha amarilla sobre sus espaldas. Era éste un destino cumplido, una forma del ser al margen de las energías acostumbradas, se decía, tratando sinceramente de convencerse con una serie de razones "filosóficas". Pero el cuerpo de su hermano estaba allí, más allá de su propio sufrimiento; estaba salvado por la muerte, sin duda: era, empero, el origen de todo el dolor presente para él, un sufrimiento intransferible, agotador. El sudor le cubría la espalda y comenzó a sentir comezón en el hombro derecho. Se dijo de nuevo que el sudor no debería distraerlo y entonces hizo lo que debía hacer: bajar los párpados de su hermano sobre los globos oculares velados por la ausencia, apenas húmedos, lejanos como la mano que en ese momento les quitaba una mirada que se había perdido para siempre en el anochecer del cuerpo, de la bendición fraternal.

Uña y cartílago

La duna da vueltas bajo la uña de la luna que huye de la luz, “uña lucífuga” que crece o se desvanece bajo la influencia de los cuerpos danzantes, en medio de los anillos suntuosos de la circunvalación solar. *Crescent Moon*: turcos en el asedio de Viena, indios negros en la celebración del Martes Gordo. El río como un pan: *croissant*, como un estandarte para el césar cristiano.

No mires la cartilaginosa redondez de esta presencia. Es un solo cuerpo impreso en la negrura. Baja los ojos hacia la sucia tinta de tus pasos, hacia la mordedura terrenal de tus zapatos. “Esta presencia”: escucha al gramático sumergido explicar una civilización llamada Deíctico, cuyas ciudades son un prodigio de cercanía y muchedumbres exhibicionistas.

No mires lo que rodea el sitio de tu despedida con un calor insaciable, con un anillamiento de energías puras, con una determinada efusión de vinculaciones florales. Baja los ojos y espera en medio de la creciente moribundez de los espacios contiguos. Pues cada espacio, cada rincón, cada ángulo *se muere*, mientras manoteas en busca del oxígeno que asciende. Luego el oxígeno atraviesa tu cuerpo desértico, pasa hacia el otro lado y al final se extravía para siempre en las barrancas de una soledad más grande que el silencio.

No mires, te decimos.

III
Ondulaciones, resonancias, concavidades

El archivo circular

La matanza de hormigas continúa, incesante, suntuosa, desplegada en las orillas de un mal sueño. Es el sueño de un mastodonte, criatura opuesta, por su morfología y por sus dimensiones, a la hormiga. En este momento de 1914, el mastodonte sueña con pormenores dignos de una doncella neurótica, teórica de todo y practicante de nada.

El horizonte está envuelto en una luz de sangre. Vísceras y cabelleras se distribuyen con deforme armonía en el fondo de hoyancos ya soñados y tocados y vistos en Passchendaele. La bruma se mete en los sobacos y dentro de las uñas de los pies –y en medio de ese paisaje complejo y saturado, un murmullo de valses se difunde con un barniz siniestramente modulado, recuerdo contrahecho de la *Belle Époque*. Las hormigas se doblan por la cintura micrométrica; gritan dentro del sueño del mastodonte. El sueño va empequeñeciéndolo sin pausa, sin premura, con un paso de paronomasia y lentitud.

El mastodonte se encuentra con las hormigas, y éstas lo miran azoradas mientras agonizan: ¿quién es él, este arcángel enorme, desvencijado, de piel cadente por todos lados, floja, lírica, y cuatro magníficos cuchillos corvos y albos saliéndole por el hocico? El mastodonte lo ha entendido: las hormigas son un engendro de su sueño. Las hormigas han comprendido también: el arcángel mastodóntico proviene de la realidad, una realidad donde se desarrollan otras matanzas y éstas no tienen relación alguna con la extinción metódica de enteras civilizaciones hormiguiles.

Ni el mastodonte ni las hormigas ni los arcángeles evocados en esa comparación creen en los símbolos; estos renglones saben en lo más profundo de su gramática este hecho incontrovertible: aquí no hay seres humanos, mujeres sufrientes, niños desgarrados, adolescentes con la cabeza partida, bebés extasiados, carnívoramente, ante el pulgar de un adulto. No: hay hormigas, hay mastodontes, hay un sueño y unos cuantos elementos escenográficos evocadores de la guerra. Nada más.

La guerra es un género semejante al azar: igual de sanguinario, blanco, supurante. El azar se levanta como un fantasma entre el humo de las trincheras: sabe dónde atacar y dispone sus divisiones hasta reducirlas a una triste versión de suma y resta, sin asomo de multiplicación. Eso les corresponde a los peces y los panes, a los mariscales ansiosos de romper

(*breakthrough*) la línea del frente y de movilizar la caballería como antes, en Crimea, en Sedán. Nada de eso ocurre. Los sucesos son cambiantes, multicolores, pero con una tendencia a mezclarse con las tonalidades más robustas del adelgazamiento debido a una dieta pobre en proteínas.

Un muchacho de Marsella comparte el pan con un soldado colonial venido de las tierras subsaharianas. Un adolescente bávaro se abraza al cadáver increíble de su amigo de tres semanas, suntuosamente vestido de lodo total, destrozado por la metralla mientras dormía.
Un soldado ha estado viendo la televisión durante dos horas seguidas: una película sin cortes comerciales.

El soldado televidente imagina esto: tiene un rifle ametralladora entre las piernas y sostiene el esbelto cañón con las dos manos; rodea el tubo de metal con diez dedos devotos; observa los desplazamientos de los actores y las actrices en un paisaje de cartón-piedra y suspira como quien presencia un drama romántico, testigo incómodo –pero él no está incómodo: únicamente aprende ciertas destrezas del asombro ante un mundo y ante unas historias con las cuales no quiere tener la menor vinculación, el menor encadenamiento, símbolo del oprobio, semejante al encierro de Segismundo, agobiado de prisiones, de pesados hierros –*miles in vinculis*. El soldado es joven pero quisiera ser más joven todavía: más fornido, con hombros más redondeados, con piernas recias, musculosas, y un torso de practicante de halterofilia, deporte parsimonioso y potente; le gustaría tener un miembro ahusado y no circuncidado, capaz de emisiones sin término, enloquecedoras, y dos testículos barnizados con ungüentos apolíneos.

Las imágenes televisadas cuentan una historia cada vez más absurda. El soldado se va durmiendo con el cañón del fusil ametralladora entre las manos y siente o fantasea una serie de portentos: en la punta de su arma crece una bayoneta de la cual surgen destellos inmensos, cegadores como una mano divina, y anulan el pobre destello de la televisión; debajo de su pie derecho intuye los avances de Jerjes y sus multitudes erizadas; debajo de su pie izquierdo, húsares y cosacos se funden en un delirio azul y escarlata sobre las planicies heladas de Borodinó; un escritor chileno alto, desgarbado y anteojudo, diserta junto a un escritor mexicano sobre los méritos relativos de las diversas estrategias para la destrucción y el arrasamiento. Son dos personajes plácidos y le inspiran al soldado una piedad irritada, a él, tan poco aficionado a la lectura, contaminado por el desprecio de los papeles impresos y las tintas sospechosas.

En lo alto del cráneo se tejen y destejen una serie de relaciones: un vaso con una cara pálida, un puñado de polvo con el pie de una bailarina ciega, una vara de nardo con una mancha de petróleo, un suelo ajedrezado sobre el cual hay un uniforme militar de otras épocas con un vestido de novia tirado junto a un sombrero de palma.

Las historias despuntan y luego avanzan con temblores de potrillo recién nacido: caminan con un aire inseguro y luego trotan, se desplazan sobre la yerba –a la cual unos personajes desdibujados comienzan a llamar “yuyos”– y hablan y hablan. Empiezan con hililos de baba semántica y siguen con un verdadero torrente de palabrerías desquiciantes, descomedidas: se erigen en oradores desdeñosos de la *captatio benevolentiæ*; expelen discursos rebosantes de seguridad política y de promesas –nadie está dispuesto a cumplirlas, menos, en primerísimo lugar, “el de la voz”–; acusan y denigran y vociferan, pero luego pasan al arte del susurro, a la socarronería del secreto confiado a una oreja cercana y bien labrada. Es una oreja blanca, blanca: amanece sobre esa oreja como sobre las blancas arenas de Nínive. ¿Son blancas las arenas de Nínive? ¿Hay un albo desierto donde se asientan las ruinas, los edificios, las caprichosas piedras de la Antigüedad?

Los personajes se mueven para acá, para allá, tiran por la borda cristalerías y cortinajes, miman bien perfilados estravagarios, se contemplan en los espejos rajados por la mano torpe del espíritu del fin de siglo.

En lo alto del cráneo cae la noche de la prosodia y se difuminan los miembros del relato. Se duerme una voz y luego otra y otra. Los cuerpos fantasmales habían adquirido una consistencia coloidal y se esfumaban entre el fuego del sueño.

La leyenda de la roca roja se ha dado a conocer entre los seguidores del *sadhu* de la cabeza pelada, alarmados por la índole apocalíptica de esa historia primigenia.

Algunos de esos seguidores temen un proceso por medio del cual la leyenda desencadene una reacción pavorosa en su guía espiritual. El hombre santo tiene ráfagas de mal humor: acaricia lascivamente a los ancianos destruidos por la neurosis de fin de siglo. Otros murmuran: en una vida anterior fue un poeta experimental y el conocimiento de la leyenda va a lastimarlo y a hacer añicos los últimos restos de su nostalgia; todos sus experimentos terminaron en el bote de la basura y todavía le duele su carrera literaria truncada en la juventud más fresca y

sexual. “¡Archivo circular!”, exclama a gritos: así llamado por él, el bote de la basura atesoraba entonces tesoros innombrables, destinados al olvido piadoso: cartas para la bailarina Eduardova, solicitudes de inscripción dirigidas y nunca enviadas al Instituto Benjamenta, copias mal hechas de poemas rusos –ojalá hubieran sido Creaciones Originales.

“¡Demiurgo!”, grita el *sadhu* de la cabeza pelada cuando ve pasar frente a su casita al novelista más joven de la comunidad. Éste procura ignorarlo pero no es fácil:

–Buenas tardes, señor –le dice el novelista al santo, con una voz medida, dulce.

–Tardes serán pero no sé si buenas. ¡Buenas serán para ti, mercachifle inmundo! ¡Garrapata infundibuliforme! –replica el de la cabeza pelada.

El novelista suspira, se encoge de hombros y levanta las cejas. Se aleja desconsolado, un poco triste, impotente. Cerca de la medianoche, vuelve a su casa y por fortuna el *sadhu* no está a la vista, recluido ya, a esas horas, en su cubículo.

El novelista saca un rimero de cuartillas y se dispone a revisarlas. Se sienta y las coloca sobre las rodillas, dóciles, murmurantes –pero nada más él puede escuchar esos murmullos de la prosa, animal de espeso pelaje, de miradas azules nimbadas por todo lo visto a lo largo de su vida y de su sintaxis. El joven novelista dirige la mirada a lo alto de la primera cuartilla, a la izquierda: “Arriba, a la izquierda, como dicta la civilización de la lectura entre nosotros. No somos japoneses o judíos para disponer los textos de otra manera...” Comienza a leer:

“Ella le dijo, entonces: *Ven bajo la sombra de esta roca roja*, y él dudó; tenía deseos inmensos de obedecerla, de ponerse a sus pies, de lamer sus botellitas de perfume y de escarbar en los cajones donde esconde ella los mondadientes.”

El novelista trató de inventar un gesto equivalente o parecido al de los pintores cuando se alejan del cuadro y lo miden, extienden el brazo y levantan el pulgar. No sabía la razón de ese gesto, pues ignoraba todo de la pintura, de la escultura y de la preparación de ensaladas francesas: le producía una herida melancólica la suma vertiginosa de sus ignorancias, masa crítica en crecimiento continuo, constante, indetenible. Los escritores de historias deberían tener en su repertorio de gestos uno similar al de los pintores para calibrar lo conseguido con sus parrafadas, sus descripciones, sus diálogos, su Construcción del Personaje. Siguió leyendo:

“Él no podía ver la roca roja ni la sombra...” A lo lejos, un murmullo de guerra.

Veo de nuevo las hormigas, su sonámbula manera de espolvorear el camino, su andar infinitesimal, sedoso. Extiendo la mano dentro del cono de la mirada y siento cómo el hormigueo, ese desfile, esa miríada de presencias, esa forma de tocar y pulular, se apodera de mi mano como si fuera ésta un campo de batalla sobrevolado apenas –pues la nube amarilla se desplaza a ras de tierra– por un ataque de gas.

Las hormigas, indiferentes a la nube amarilla, siguen adelante, pero alrededor de mí los camaradas van cayendo asfixiados.

Ignoro la moraleja de esta historia o apólogo. No debe tener importancia. No debe haber ninguna enseñanza en este trozo helado o tibio de inmanencia, de escritura de párrafos, de voces trémulas.

La broma y el patíbulo

La escritura era cada día más difícil, como si quisiera sacar agua de piedras, o como si se hubiera propuesto cruzar de rodillas la gran avenida de los Naranjos con una venda roja sobre los ojos. “Tapada toda la cara con un paliacate colorado, como un peregrino rumbo al santuario de Chalma, un romero, un penitente sudoroso y noble, casi místico”: ésa era la fórmula *cegadora* imaginada por él, repetida como el *mantra* de un pintoresquismo desabrido.

Sentía cómo todo palidecía dentro de él: cuerpos, recuerdos, ¿rostros olvidados? ¿Cómo podían palidecer los rasgos de una fisonomía borrada de la mente? Se hacía conjeturas: el agua de la memoria era caprichosa, huidiza, cambiante; una boca, una frente, una mejilla se transformaban todo el tiempo en su interior. Era un espejeo continuo y sobrecalentado, una caldera de diseño antiguo, rodeada de vapores indescifrables; una tarea repelente hasta el hastío. Olvidaba y recordaba como quien juega esgrima con su sombra: los rostros cambiaban y luego se desvanecían y parecían extinguirse; pero ese afán era una ficción de una extraña soberanía, suya y ajena simultáneamente. ¿No dominaba su mente? ¿La memoria lo dominaba, lo poseía, lo sometía a sus frivolidades y sus gestos decadentes?

Tenía una memoria “pequeñoburguesa” –eso se decía a solas, nunca lo comentaba con nadie–; una memoria poco creativa, adocenada y lineal, semejante a un archivo de acero como los de una oficina en el Ministerio de Educación; pero una oficina de presupuestos o de intendencia, no un gabinete de pensadores o de pedagogos sublimes. Estaba lejos de poseer una memoria majestuosa, diligente y selectiva, capaz de discernir los alientos mínimos, el vapor sedoso de las imágenes atesoradas, una memoria similar a la de un erudito especialista en temas grecolatinos, abundante y magnética.

Desde la ventana veía todas las mañanas a quienes llamaba “los verdugos”: niñas con el uniforme azul oscuro de las escuelas, ancianas encorvadas con bolsas grises de plástico, adolescentes con patinetas y con las orejas tapiadas por los audífonos de su cautiverio sonoro. (Eso del “cautiverio sonoro” lo había inventado en un arranque de “editorialismo”.) Se imaginaba obediente a los mandatos de los conductores del transporte público: hombres gordos y lentos, dueños de

una mirada subyugante. Sospechaba en sí mismo, entonces, una homosexualidad conformista y un poco estúpida. Luego reaccionaba y se decía: “Mis gónadas, mis gónadas”. Murmuraba por lo bajo y se metía en los rincones; unas veces eran rincones abstractos, otras veces eran los rincones tangibles de su biblioteca.

¡Ay!, cómo le hubiera gustado hacerse de libros insólitos y de volúmenes de autores desconocidos para sus amigos y colegas. Cuando pudiera escribir, todo se arreglaría. Mientras tanto, se imaginaba camino a Chalma y admiraba secretamente a “los verdugos”, cada día más numerosos. Por la ventana veía jóvenes de piel oscura, hombres maduros recién salidos de enfermedades inconfesables, señoras de feos pantalones ajustados. Imaginaba los rostros de poderosos políticos; pasaban en sus limusinas blindadas y desaparecían raudamente. Imaginaba con ternura esas caras de una potencia abismal y luego las olvidaba minuciosamente. ¿Estaban esos políticos en el número abominable de “los verdugos”?

La política era pródigamente confusa: prefería sus imaginaciones “pequeñoburguesas”, alimentadas por una pobre memoria. Vivía y esperaba, como si tuviera todo el tiempo, ante los ojos, la ventanilla lejana, inalcanzable, de un banco europeo.

•

Apareció en su cabeza como una estrella. Una sola frase, redonda, o así le pareció. Pudo escucharla y recrearla conforme se despertaba, en las horas diminutas de la madrugada. No estaba dormido pero iba despertándose. La escuchaba como una campanada sorda, mitigada por un fieltro verde –su conciencia. La conciencia le daba vueltas a la frase y la miraba por todos lados, desde arriba, a una distancia enorme, exigente para su miopía; de la frase, así lo sentía, se desprendían olas y óvalos, vibraciones parecidas a ideas. Recordó un verso, *De desnuda que está brilla la estrella*, y sin saber la razón lo puso al lado de su ocurrencia, de su frase. ¿Así era el verso en verdad? Debería levantarse e ir a las estanterías de su biblioteca: ¿y si el libro no estaba? Y, peor todavía, ¿de quién era ese verso? Rodeó con el verso la frase aparecida y fue como si la iluminara con un fuego desnudo. Una vez escuchó cómo una hermosa mujer de grandes ojos hablaba de una “llama desnuda” (*a naked flame*), de un fuego prohibido en las bibliotecas antiguas. Esa llama desnuda del

verso circundaba la frase y la perfilaba en un horizonte vasto y hermoso. Temió por su cordura durante una fracción de segundo y luego recobró la confianza.

Debía escribir la frase, verla sobre el papel. Según recordaba, era ésa la tarea de un escritor, sólo capaz de conocer los laberintos del pensar si era lo bastante fuerte para ver su propia escritura. Verla de verdad: no nada más *leer* lo escrito sino *verlo*, atraparlo con los ojos, como un objeto de múltiples dimensiones. Ahí estaba, cinco palabras, ¿un pentágono sonoro y significativo?, ¿una formulación bimembre de las cuales había oído hablar tanto a su maestro de literatura, al pie del monte rojo, a lo largo de numerosas tardes, tan fatigosas, de miércoles? La frase era de una sencillez sobrecogedora. Decía lo siguiente: "la broma y el patíbulo".

Cinco palabras: dos artículos definidos de dos géneros contrapuestos o complementarios, cada uno en número singular. Dos sustantivos, uno femenino y paroxítono, bisílabo; el otro esdrújulo y tetrasilábico; en medio, la conjunción: vínculo, puente, vía inmaculada de comunicación, de enlace. De la frase en su integridad aisló en la mente –en esas aguas memoriosas e imperfectas, aguas volubles, dimensiones entrañables de su monocromía psicológica– la conjunción. *Y*: majestuosa, activa, semánticamente inerte o indiferente, dueña de un poder sin contrastes, perfectamente en foco ante sus ojos miopes. La primera letra de ese nombre, Yahvé, de *yo*, de *yugo*; la letra-telescopio, un carbón compacto en el trance prodigioso de convertirse en un cristal diamantino, apretado por el puño del gran héroe; la conjunción de la triste gramática y sus explicaciones. Eso, esa *y*, era lo más interesante de la frase, una masa gravitacional mínima y formidablemente condensada, especie de hoyo negro en la galaxia minúscula del sintagma.

Oyó la tenue respiración de *otra palabra* en el enunciado: la palabra "hiel". Estaba en la unión, por sinalefa, de la tercera y la cuarta palabra: *y el*, *y-el*, *yel*, "hiel". ¿De una broma peligrosa o deprimente, en todo caso ineficaz o frustrada, se ha desprendido ese humor, esa hiel obsesionante? O bien: ¿acaso del instrumento de las ejecuciones, el *patíbulo* de la frase, destilaba esa amargura corporal sin control, derramada sobre toda la frase como sobre un cuerpo inerme, doliente, azorado, lacerado a la manera de un mártir pintado por Grünewald?

Eran entonces tres y no dos los sustantivos: ¿habría más palabras? ¿La conjunción desencadenaría otras apariciones colindantes con ésas, manifiestas, más o menos evidentes?

•

Otra cosa más. La descubrió a las dos de la mañana de la noche siguiente. Todo el día había pensado en la frase y varias veces había estado a punto de verla como una hilacha de discurso sin la menor importancia.

Él, tan mal entrenado en asuntos de poesía, la dijo en voz alta antes de apagar la televisión e irse a dormir, y descubrió su andadura rítmica: nueve sílabas gramaticales, ocho con la sinalefa, siete en total para la preceptiva y el oído, por esdrujulismo de la palabra conclusiva *del verso*. Un verso bien medido y bien acentuado, de tipo italiano por más señas: “la broma y el patíbulo”. Era un verso. ¿Cómo se llamaban esos versos, formados por siete sílabas efectivas en la pronunciación, en la articulación? Si son siete sílabas –se dijo con cautela–, es un heptasílabo; no hay duda. El heptasílabo, “hermanito menor del endecasílabo”, como decía su maestro de literatura al pie del monte rojo. Él escuchaba esas clases de los miércoles un poco distraído: sonetos de Lope de Vega examinados con encarnizamiento, análisis a veces pormenorizados de ciertos artejos del discurso a los cuales “no suele prestarse la suficiente atención”, como insistía el maestro.

“Lean con cuidado, despacio; procuren hacerlo en voz alta, a solas o acompañados; desarmen y rearmen las frases, las oraciones, los párrafos, las estrofas, los versos; entiendan cada una de las palabras”: el maestro era un obsesivo –otra profesora decía “es un tipo cargante”–, pero todos reconocían en él a un lector de raza, quién sabe si inteligente pero por lo menos lleno de noticias sacadas, a veces en desorden, de libros de todo tipo. Ahora estaba ante una frase “de su propia invención”, y la veía por todas partes, la escuchaba en su propia voz, a solas, la ponía bajo la luz de un análisis improvisado. La sentía suya; la apretaba imaginariamente contra su pecho como a un hijo.

¿Y el significado de la frase? Debía, quizá, pensar en el sentido de “la broma y el patíbulo”, pero no era fácil: faltaba un verbo. Era una simple frase. Y sin embargo en ella veía mundos paralelos, planetas poblados, resonantes. ¿Significados, historias en esa frase, fábulas enterradas, así

como la palabra “hiel” estaba enterrada en el grumo eufónico, en el ovillo sonoro de la sinalefa? No lo sabía, pero acaso valía la pena averiguarlo.

Veamos: la conjunción llevaba de un sustantivo al otro; quizás en ese paso, en ese trance, en ese transporte, había una historia o un significado. Alguien había dicho una broma y esa broma lo llevó al patíbulo; pero ¿debía ser por fuerza una broma dicha? ¿No podía ser una broma de tipo indudablemente material, no discursivo, uno de esos teatros milimétricos llamados en inglés *practical jokes*? Alguien ha dicho una broma o ha jugado una broma, y esa gracejada lo ha llevado al patíbulo. *Broma*: dos sílabas; *patíbulo*: cuatro sílabas. La redondez de la broma –“¡fue un chiste redondo, redondo!”– se oponía a la agudeza amenazante de la palabra “patíbulo”, afilada por el acento en la *i* latina, como si se tratara de una mortal puesta en escena romana, un lugar de tortura en lugares labrados bajo tierra, no sobre la superficie acogedora, lejos de las togas y de la algarabía del mercado, en la tiniebla del polvo oscuro.

A la intemperie de la broma, entonces, se oponía el agobio asfixiante del castigo, pero podía ser exactamente al revés: la broma fue cometida –¿cometida?– en un exterior vergonzoso para la víctima, y el bromista deberá ser ajusticiado a la vista de todos, en una ceremonia ejemplar, solar, a pecho descubierto, con el torso desnudo, con la mirada perdida entre las nubes y su *airosa teoría*. Las relaciones entre las dos palabras revelaban una causalidad judicial, estricta, represiva. Los bromistas eran vigilados estrechamente en una comunidad o una tribu adicta al funcionamiento incesante de los patíbulos montados en todas las plazas públicas.

•

No hacía falta un verbo para echar a andar esa historia. Pero era una historia insatisfactoria y él sentía cómo había forzado las cosas en el interior de la frase, la frase siempre desafiante, en su sencillez de cosa o de juguete. Con esa frase más valía no jugar.

Una noche soñó, enfebrecido: su padre caminaba con paso cansino y él lo ayudaba a cruzar calles y a salvar pilas de escombros. Su padre: un hombre muerto hacía más de veinte años. Cuando lo soñaba, solía decir al día siguiente “se me apareció”. Iba, entonces, con su padre, por calles

anestesiadas; se dirigían a la casa de un amigo muerto hacía apenas dos meses, un neurótico a quien su padre había admirado y venerado –en el sueño, no en la realidad. Allí los recibía, entre montones de trapos, la hermana de la "viuda" de su amigo –no era su viuda: se habían divorciado en plena juventud–; esa hermana ignota les comunicaba la noticia feliz: el día anterior, o esa misma mañana, la "viuda" de su amigo había dado a luz un niño; no sabía si decir "un niño" o "a un niño", era un asunto, según creía recordar, con el acusativo. La "viuda" bajaba las escaleras y saludaba solemnemente a su padre; a él ni siquiera lo veía. Les mostraba al recién nacido envuelto en suaves telas de color azul, semejantes a los uniformes de las niñas de escuela. Su padre observaba, admiraba con un gesto de éxtasis al recién nacido, un bebé igual a todos los bebés del mundo, de facciones abullonadas, indefinidas; su padre se veía antipático, y él nunca fue antipático en vida. La "viuda" les informaba del nombre ruso del niño, evocador de un cosaco o de un revolucionario; su padre se entusiasmaba con ese nombre olvidable, laborioso.

Salían de la casa y su padre y él, otra vez solitarios, reanudaban el caminar penoso, como si fueran a Chalma, a Kiev, a un lugar sin nombre o con demasiados nombres. El sueño le pareció una broma siniestra, pero ignoraba la razón de esa opinión, de ese parecer. El resto del día le pareció un gozoso patíbulo.

•

Olvidó el sueño y volvió a la frase. Sentía un disgusto puritano por haber mezclado la frase con el sueño, como si aquélla fuera la interpretación o la revelación de éste. "Mal negocio", pensó. Probó a cambiar el orden de la frase: "el patíbulo y la broma". No: era prosodia coja, mala literatura. Se sintió desazonado hasta la fatiga, y la desazón consistía en haber apostado demasiado, demasiada vida, demasiada imaginación, en la literatura, de la cual tanto y tan mal oía hablar; un viejo maestro le decía con voz de escarnio: "Eres todo un robot de la literatura". Pero la literatura era para él una forma de vida, quizá la vida misma.

Se sacudió como un pájaro mojado y reanudó sus pesquisas. Debía recomenzar, cerrar los ojos y evocar un "torrente de historias", cadencias de mito y sufrimiento, a la vez remotas y acariciantes. ¡Ah!,

en la conjunción –una vez más la letrita griega, esa especie de gancho o de tenedor tuerto– podía discernir una identidad disimulada: la broma es el patíbulo, el instrumento del suplicio final es un mecanismo de risas y fiestas, todo es un poco *Grand Guignol*, títeres descarnados, exánimes, marionetas de sus lenguajes. Una broma de mal gusto: ahí están la horca, la guillotina, los látigos, las tenazas, la parrilla. Una vez más, no: era insatisfactorio. ¿O era la satisfacción una entidad sobrevalorada, magnífica pero estéril? En la insatisfacción residía una forma de plenitud.

Insatisfecho, miró por la ventana: ningún verdugo. Al volver de nuevo la mirada a su escritorio, sintió el mareo: no había cambiado nada pero una fuerza metamórfica se había adueñado de su interior. Sus tripas sonaban: pura soledad estridente. Pensó en las intensidades de la "vida interior"; se dijo: "Por dentro no soy sino cuerdas, mecates, tornillos rotos, y la vida interior es una de las formas mezquinas de la mala literatura". Entonces ¿de dónde venía esa sensación de ser dominado y torturado?

Él mismo era la broma y el patíbulo. Cerró los ojos y avanzó con los pasos de su padre por un paisaje desbaratado. Eran milpas rotas, plantas acartonadas y delgadísimas: las orillas del camino a Chalma. Vio una *lavra* ucraniana y una hilera de monjes esqueléticos detenidos bajo el esplendor del sol en estos días de perros: ¡la canícula! Chalma se había convertido en un lugar de peregrinaciones ortodoxas. ¿Y las milpas? No quiso detenerse y abrió los ojos: su habitación de nuevo, el escritorio con sus "borrones nocturnos", frase descriptiva dentro de la cual había, disimulada, clandestina, una soberbia de poeta inmortal. Cerró los ojos y estaba otra vez ahí. Pero algo había cambiado. Él era un objeto agonizante, una parte de la milpa en las extensiones de Ucrania. No, no, *demasiada locura*. Se recompuso; abrió y cerró los ojos; su respiración se adensó, se acompasó; ya no estaba agitado. Y sin embargo, seguía transformándose en una figura misteriosa, en varias siluetas irreconocibles, en imágenes infinitas, inagotables.

La Estrella del Perro brillaba en la noche caída bruscamente sobre su peregrinación solitaria. Un destino de perros bajo el sol canicular: eso era su juego con frases, con meras palabras, vocablos depositados en cuadernos. Sentía un final cercano: el olvido inmisericorde de "la broma

y el patíbulo”. Volvería a su memoria infértil, agostada como esas milpas, esas hileras de *papier mâché*. Día cegador: se llevó la mano a la cara y en la mano había un pañuelo rojo y con ese pañuelo se tapó los ojos y se dio cuenta de su condición. Ya no era el mismo. No sabía quién era. Entendía sus funciones sagradas, su actividad de peregrino y su destino, acaso, de loco místico, de futuro enclaustrado en la *lavra*; pero su identidad estaba borrada o se estaba extinguiendo, como la luz en un cuarto cuando se apaga una vela.

Abría y cerraba los ojos. No sabía quién era. Era un ir y venir incesante. Las ventanas seguían ahí, no obstante. Miró a través del cristal rectangular y redescubrió con asombro, con felicidad, con alivio, a los verdugos de todos los días.

Vocales y consonantes

Es indudable que la palabra Lilibeo seduce por su sonoridad, pero en nuestros días se hace decir tantas cosas a las vocales (y a las consonantes) que se me permitirá cierto escepticismo en cuando al valor de tal razonamiento.

Roberto Xames,
hortelano a las rocas floridas

Estaba él escuchando una obertura de Mozart y tenía un libro de Federico García Lorca abierto ante los ojos. Versos y melodías; diferentes y convergentes articulaciones del mundo sensible; vías aurales de la contemplación y el pasmo. Trataba de vislumbrar la manera de amonedar las frases correspondientes a ese recogimiento; pero, como se puede ver, nada más conseguía pobres formulaciones destiladas de una retórica hecha de anemia y sensiblería. Esas frases de pares desabridos le zumbaban no tanto en los oídos sino en los intestinos, en las vísceras. Hubiera querido ser un orador espléndido. Nada más tenía a la mano un racimo de voces pobres.

Ahora no, más tarde intentaría de nuevo darle una cierta redondez a su tránsito por la música y la poesía, graves instituciones, *según sentencia del tiempo*, para los corazones y para una porción considerable de los sistemas neuronales de la especie.

Experimentaba ese estado llamado duermevela y por un instante fue consciente de cómo se sentía, un hecho nada frecuente en su vida de una insensibilidad ciclópea: a la mitad de un limbo de pensamiento, situado cuan largo era en un remanso de abullonada inactividad. Se sentía rodeado de una niebla abstracta, de una serie de abstracciones brumosas, de brumas de espuma, de espumas de tiniebla. Esas palabras, con esa andadura y esos entretejimientos, le gustaban de un modo sorprendente; y aun decir "le gustaban" era muy poco. Pensó: "Nunca me he sentido así", pero de inmediato redujo ese "nunca" a las dimensiones de una mera semana. "En la última semana no había pasado un rato tan largo de relajamiento", se dijo tenuemente, en silencio; se dijo de inmediato: "Siempre es así: me dejo llevar y exagero". Como a Gustave Flaubert, le sucedía este hecho señalado con

lucidez por uno de los sabios tutelares: su Musa era el Aburrimiento.

Los versos de García Lorca le presentaban un ritmo y una sonoridad insólitos. Con la música de fondo –los cristalinos retozos mozartianos–, este capitulillo insignificante de su vida alcanzaba dimensiones sensibles apenas sospechadas en una vida anterior. Pues se encontraba en ese largo momento en una línea divisoria, estaba *entre*, o como ahora sabía decir en náhuatl: *nepantla*. "Estoy nepantla mis años de adocenamiento y el resto de mi vida, luego de este baño lustral de palabras y melodías": tal era el solemne dictamen de ese trance, de ese tránsito.

En estos días solamente le faltaban dinero, compañía sentimental, trabajo, calzado más o menos nuevo, salud, techo debajo del cual vivir –estaba durante unas semanas en casa de un amigo compasivo–, todas esas cosas. Cosas relativamente sencillas, acaso esenciales. Nunca se había vivido a sí mismo de esta manera; nunca le había pasado por las entrañas semejante ráfaga de belleza compleja, dual, resplandeciente, laberíntica. Eso era indudable. Nunca.

Inclinado sobre la palabra *nunca*, trató de imaginar los colores y las angulosas perspectivas de ese tiempo vacío. Ese *nunca* debería estar en el futuro pues no concebía *nunca* ninguno situado en el pasado: ¿cómo podría ser, si todo estaba cumplido allá, en los rincones o vastedades pretéritas, y la *nunquidad* no tenía lugar, según eso, en ese tiempo cancelado, cumplido, sedimentado y digno sólo del polvo y de la Historia intransitable? Pero gradualmente fue dándose cuenta de las invenciones del pasado, como si éste tuviera una mente prodigiosa, capaz de proyectar hipótesis de maravilla o estupor en todos los desenlaces posibles y en todas las salidas conjeturales, acaso clausuradas para dar lugar a bifurcaciones y senderos divergentes? Si así era, entonces *nunca* era posible también allí, en las horas cumplidas, en los meses y años y décadas del silencio dejado atrás. Le llamaba la atención esa imagen del pasado: su lugar era *atrás*, según esa forma de hablar; el futuro, por lo tanto, estaba *adelante*, y eso lo perturbaba, pues veía con toda claridad, en su espíritu, el futuro arriba, prodigado a veces en una especie de irradiación probabilística, cubriendo un territorio dilatado continuamente, abriéndose paso en las ciudades del pensamiento como una epidemia de horrores expansivos, pero a la vez sublime, fecunda, fértil en su prodigalidad de hidra malevolente.

En el extremo opuesto, la palabra *siempre* se irisaba y se encrespaba, intolerante. Estaba rodeada de calificativos, como aquel trono del poema, *constelado de epítetos esdrújulos*; investida de una majestad levemente ridícula, como si proclamara su perennidad con un bastón en la mano y una cadena oxidada, pero un bastón de madera muy frágil y una cadena extraída en la noche del robo en una penosa, sucia, destartalada instalación industrial; con una presencia de una rotundidad llena de espinas por todos los rumbos de su acezante anatomía; ondulante y al mismo tiempo fija, como una ola de sedas enervantes en cuya artificialidad se vieran reflejados mensajes publicitarios y consignas para elevar la producción. ¿Cómo no ver en esa palabra un trasunto de la opresión y el diorama de promesas incumplidas, discursos adocenados y vanilocuentes, carreras políticas de signos diversos y de confusas ideologías, todas ellas puestas al servicio de las causas y ninguna al servicio de los efectos, razonamiento en el cual se perdía como en una broma barroca y conceptista?

Las agrupaciones de tres consonantes en medio de una palabra le parecían un ritual salvaje y detenido. Veía en torno de esas pandillas pedregosas (como, digamos, *mpr*, grupo de consonantes de la palabra *siempre*) la esbelta energía de las otras letras, de los sonidos más o menos claros, abiertos y, según él, nutritivos. No le gustaba, se decía sonriendo, “la sopa de piedra”; prefería el vino dulce y los panes de trigo: las vocales, las pródigas vocales, las irisadas vocales. Alguna vez había oído o leído por ahí algo acerca de los mitos (¿eran mitos en verdad?) de los pueblos prerromanos en ese lugar llamado Hispania, conocido más tarde como España: mitos en torno a la rudeza carpetovetónica, ese hablar a mordidas o con gruñidos. Una lengua áspera, hirsuta, desmelenada. Les atribuía a esos bárbaros un indudable fervor consonántico, una propensión temible a pulverizar la menor posibilidad de canción o melodía. Escuchaba con el oído de la imaginación esa lengua hecha a tumbos, atropellada y estridente. Una lengua de percusiones, alaridos, tarascadas, atropellamientos. Una especie de caverna resonante en cuyas anfractuosidades podía extraviarse y perder toda dignidad, los recuerdos más nítidos, los gestos más delicados. En esa caverna vería la ferocidad de las sombras y sentiría en la piel una serie atroz de arrugas y manchas: la huella de las

consonantes, de su paso por la miseria del cuerpo, una forma de pobreza destinada a crecer en contacto con esos sonidos gruesos, picudos, de redondez irregular y pétrea.

Pero las vocales… Eran para él pequeñas deidades; de veras pequeñas, micrométricas. Una porción diminuta de lo más infinitesimal, el residuo de un aliento perdido en el tiempo, *como lágrimas en la lluvia*. Como decir ay, con un dejo de pavana. Como dejarse caer en la arena mojada. Como tener en la boca un colibrí transparente. Y repasar una y otra vez la frescura de la boca, el deslizarse abierto de la saliva, la tersura del paladar con incrustaciones perfumadas: menta, yerbabuena, agua serenada. Evocó la serie con su corolario humillante, remate de largas orejas: "a, e, i, o, u: el burro sabe más que tú", y se acordó de Irmita, la niña neblinosa en cuya boca morena había escuchado el sonsonetillo por vez primera. "A, e, i, o, u", y veía entonces a Irma, con sus siete años de intensa fragilidad en la cercanía de su mirada, menuda y con todo el poder de una hamadríada, vocablo en el cual veía, oía y paladeaba esa especie de quiasmo vocálico, si así podía decirse: a-a-i-a-a, una palabra perfecta en su aérea longitud.

Vio la palabra *Lilibeo*. Trató de escucharla. Sintió vagamente cómo se deslizaba en su boca el aceite de un mediodía siciliano. No era la sensación de un vino dulce, su favorito, sino un vino bronco, de asperezas mediterráneas y de probables regustos griegos, modernos o antiguos.

Rodaban las consonantes y brillaban como luciérnagas las vocales. Recordó un verso, como si la memoria lo llamara de improviso en esta sesión de fonemas y sílabas y enlaces de sonoridades:

Menos solicitó veloz saeta…

Y recordó también el comentario memorable a ese rápido endecasílabo: "Silban las eses como silba la saeta en el aire".

¿Y esa noción aprendida en sus estudios silenciosos, solitarios, nocturnos: *la heterotonía*? Versos en los cuales todos los acentos caen en vocales diferentes, como en este cuadrángulo serventesio de impecables alejandrinos:

Ambos justos recorren la campiña serena

y van por el camino conducente a Emaús.
Encórvanse agobiados por una misma pena:
el desastre del Gólgota, la muerte de Jesús.

He aquí los ocho pares de las vocales acentuadas: u-o / i-e // a-i / e-u // o-a / i-e // a-o / e-u. Eso es la heterotonía: variedad de la acentuación, siempre diferente. Dijo en voz baja los cuatro versos y se detuvo en cada uno para entender a fondo la destreza del poeta; heterotónico era el principio de su poema favorito: "Era del año la estación florida", y muchos otros de esa misma obra maestra.

Se estaba haciendo tarde y aun así era de día. Se arrellanó en su sofá "de viejito", un mueble cómodo hasta la extenuación. Un heptasílabo agudo, muy feo: "hasta la extenuación". Pero la palabra "extenuación" le parecía fascinante: contenía todas las vocales, con la *e* repetida, eso sí. No como "educación", "Aurelio" o la mejor de todas, según él: "murciélago", con esa historia tan bonita, cuyo punto inicial era la frase latina *murem caecum*, es decir: "ratón ciego". Y esa inolvidable y brevísima disquisición acerca de la persistencia o tenacidad de los sufijos átonos, como -*ago*, o mejor todavía: *´-ago*, para indicar el esdrujulismo del resultado final en español: *murciélago*. Y luego los dos versos preciosos del Arcipreste:

Por un mur muy pequeño que poco queso preso,
diçen luego: "Los mures han comido el queso".

Era casi demasiado. Cerró el libro de García Lorca. Se levantó para apagar el aparato de sonido y acallar a Mozart. Se fue a la cama con miles de sonidos de consonantes y vocales en la cabeza y en el espíritu. Y se hundió en el silencio bendito de un sueño sin sueños.

El transformado de los montes

Soy hijo de un peletero de Tolosa pero amo los campos perfumados de Provenza como si hubiera nacido aquí. No son los castillos ni los lujos cortesanos, no, lo más atrayente para mi corazón y mis ojos; son las mujeres y los paisajes de esta parte bendita de las Galias: no cambiaría yo a unas y a otros por toda la plata del universo mundo. En estos campos y ante esos rostros, trasuntos de la Virgen, está la cifra de mi vivir, de mi paso sufriente por este mundo de pecados y destrucción.

A lo largo de mi vida, adoré a muchas mujeres, les robé innumerables besos al amparo de las sombras vespertinas o bajo la protección y el abrigo de la capa nocturna, y muchas veces me jugué la vida con tal de verlas sonreír cuando las requebraba. ¿Quién podría celebrarlas mejor?

No todas ellas eran hermosas; pero de todas aprendí algo: una frase feliz, un hábito, una manera de ver el cielo, el sabor de una fruta. No hablaré de sus cuerpos ni de sus espíritus. Venero a otra: a la mujer de la altivez y el miedo, hechicera de mis vigilias y dueña de mis incontables melodías: sola, distante, única. ¡Oh, dioses! Ni siquiera Na Vierna, la de hermosura incesante, la de maneras gallardas de reina intemporal, podría comparársele. Ay, el amor en la lejanía; el amor colindante con la divinidad, el *fin' amors* de donde surgen, como fulguraciones, las palabras de mis *bordós*, de mis versos verdaderos.

Ahora todas esas mujeres, ya tan remotas, de mi pasado turbulento, son para mí como las cuentas de un rosario extraviado, como las temerosas arenas de Libia. La memoria forma en mi cabeza una galería de cenizas, en donde se confunden los crepúsculos atormentados de Tierra Santa con las madrugadas gozosas y temerarias en los lechos furtivos de mis aventuras galantes.

Todo en mi vida es una serie doliente de *dualidades funestas*: el ruido y el verso, el rostro de las mujeres y el hocico de las bestias, el mar y la aridez sagrada de Palestina, los poemas y los gritos. Pero en ello hay una forma de belleza, un encadenamiento propicio de imágenes de un esplendor terso y recóndito.

El monje de Montaudon y el marqués de Busca me llaman fanfarrón y cobarde, borracho y vil; me maldicen, me calumnian, quisieran verme perseguido y mutilado por los sicarios de los maridos celosos. No puedo entender sus agravios; no obstante, adivino su envidia vitriólica en los

gestos obscenos de sus sirvientes cuando me ven pasar, en los ademanes hipócritas de sus empenachados caballerangos y en el porte desdeñoso de ellos mismos cuando me descubren a lo lejos. Ay de los envidiosos: curioso pecado éste de la envidia; es el único gracias al cual sufre sólo quien lo comete, quien lo padece: el descomedido pecador; pues los otros pecados suelen ser gozosos... He gozado la ira sin tasa: en mis *sirventeses* podrá hallarse sin mucho buscar la huella sulfurosa de robustos malos humores. Hay un placer cierto en violar las leyes celestiales.

Yo lo puedo decir. Los hombres de la Iglesia me aconsejan apartarme de una vida poco virtuosa. Deben tener razón: mis faltas son innumerables. Pero nunca he sido envidioso: ¿cómo podría serlo? En mí se juntan el mayor sufrimiento y los dones sublimes de la poesía y el poder: soy trovador y emperador; me obedecen por igual los señores de las tierras mortales y los juglares con sus cabrilleos y sus chanzas.

La envidia me rodea, sin embargo; me circunda y me atemoriza. Los comarcanos me infunden un miedo cerval: a mí, ¡oh, paradoja!

A diferencia de tantos adversarios, de tantos odiadores, el feroz y valentísimo corsario Alamanno Costa, conde siracusano, admirador y grande amigo mío, me celebraba con vinos y perdices en la gloriosa isla de Malta. ¡Gracia del tiempo!

Mis ojos se llenaron de luz cuando vi, por primera vez, en Tierra Santa, la corte del rey inglés bajo la insignia del Leopardo. Pues no puedo negar mi buena fortuna, a pesar de las penas de amor, constantes e insidiosas como un veneno. El gran Bertran de Born aprendió el arte del sirventés en mi pródiga pluma: mis amigos y discípulos me cuentan cómo decía en voz alta mis canciones y cómo se escuchaba, resonante y profundo, el eco de mis estrofas, recitadas por el huidizo Papiols, contra los muros venerables del castillo de Altaforte.

¡Dios confunda a mis enemigos! Loado sea por siempre mi Señor, el conde Jesucristo.

•

El bosque es una larga sombra. Veo la esfera nocturna entre las breñas y trato de leer en las estrellas trémulas mi destino de fiera, el norte de mis metamorfosis, mi verdadero rostro de enamorado febril en las caras cambiantes de la Luna. En algún punto del tiempo he creído a ciegas en

la Loba y en su halo arcangélico, pero creer en Ella ha sido ponerme en el corazón una fe emponzoñada: la Loba está y estará para siempre lejos de mí. Nunca me aceptará.

Vago entre los árboles oscuros, yo mismo oscuro.

Los cóncavos de los montes son mi casa. En la noche, siento el latido refulgente del carbunclo, empotrado sobre mi cabeza revuelta. Todo ocurre en mi mente y en estas oscuridades, entre estos peñascos hirsutos, donde he tomado las armas lobunas para atemorizar a los pastores, a quienes al final daré el gusto de dejarme atrapar para ser apaleado sin misericordia; pero antes me haré conocido por el aullido. Estas cavernas me protegen, de su aspereza menos defendidas, y más bien, diría yo: aseguradas por sus lobregueces.

Mi mente... He mudado de pellejo.

Grito en la noche y, durante el amanecer, el desgarrón de mi voz acalla el despuntar de otras canciones. Mi canto es una herida en el aire. Los pájaros enmudecen al escucharme; el afilado latín de los picos matinales se apaga antes de formarse en la esquila de esas gargantas aéreas tan amadas por mí. He impuesto el silencio, yo, el imperioso, el feroz, el irresistible *versipelle*; este silencio majestuoso ha sido sellado por mí, por mi potestad irrecusable, sobre los dominios de la noche; por mí: Lobo de su Loba, el Transformado, el solitario, el abandonado de los montes.

Una voz fraternal me susurra desde un lugar escondido en el tiempo de los sueños y me regala una cifra, una imagen sonora de mi penar amoroso en una lengua de cadencias sibilantes:

Yo los días no los vivo;
velo las noches, cativo,
y si alguna noche duermo,
suéñome muerto en un yermo
en la forma que aquí escribo...

He visto la cara de mi señora en las paredes sucias de las aldeas, en los hábitos rudos de los monjes vagabundos, en los fosos de los castillos al atardecer, en la armadura de los caballeros aragoneses y en el semblante adusto de los señores llegados de Cataluña para saludarme y aprender de mí, el mejor cantor del mundo. La he visto dibujada sobre

el reflejo mortal de las espadas en la madrugada del combate; la he visto en el agua de los arroyos y en las hojas de lentisco; la he visto, insistente, en el aire cargado de presagios a las orillas de un otoño borroso, mientras partían los creyentes al rescate del Santo Sepulcro; la he visto en la sombra de los caballos y en el cuenco de bronce inclinado para saciar la sed del fatigado y del santo, del soldado y del dignatario.

Al final, me temo, todo se convertirá en un regocijo carnavalesco, no exento de humillaciones para mí, afrentosas para mi dignidad de nación.

La Loba piensa en mí, lo sé; pero me considera una especie de juguete, de capricho de su voluntad. A su lado, el Señor de Pennautier se acicala para el banquete de esta noche: corderos, carnes de venado, vinos agrestes. La Loba se ensombrece, también sonriente, pensando en sus diversiones futuras con ese fantasma montaraz: yo, su devoto principalísimo.

En la imaginación, no puedo dejar de ver los ojos de la Señora: dos navajas de acero pulido, armas dignas de un príncipe.

•

El señor Martí de Canet me habló desde su magnífica montura, un alazán luciente como el sol sobre los campos tornasolados de lavanda:

–Peire, mi Peire... ¡Mi querido cantor! Deja ya esas locuras, te lo rogamos, y cántanos una *cansó*. Llevaremos tus rimas a Aragón para las damas de la corte, para los trovadores del rey Alfonso.

Don Martí era rubio, recuerdo, y tenía la cara arrugada; sus palabras eran diáfanas como monedas de oro, luces claras en la maraña de mi cabeza. El cuero y las telas oscuras le daban gravedad a su donaire de naturaleza.

Le respondí con un gañido. Yo, entonces, ya no era Vidal, Peire Vidal, *Petrus Vitalis* –así solía llamarme un monje de cierta aldea donde fui feliz por una temporada–, el de la dura testa de piedra y la pelambre hirsuta; sino el Lobo de mi señora, la Loba de Pennautier, la reina de la noche y las rimas.

Los caballeros de España se alejaron. No volví a verlos. Años después, en mi vejez, recuerdo con nostalgia fraternal sus maneras de cortesanos a caballo y de cristianos buenos en busca de una enseñanza. Nada pude enseñarles. ¡Dios me confunda!

•

Me insultan quienes me llaman usurpador imperial. Otros dudan de mi inteligencia. Una vez escuché, a escondidas, casi sin quererlo, esta conversación en un mercado aldeano, frente al destartalado puesto de verduras:

–El Lobo se cree emperador desde aquellas aventuras en Chipre. La malvasía le trastornó el seso.

–Yo creo otra cosa. Esa griega, ¿o sería gitana?, lo enloqueció con sus malas artes: es un loco de amor.

En este punto los dos infames se rieron a carcajadas. Yo, pegado como sanguijuela a un muro adjunto, me mordía los puños para no ser descubierto.

No niego mi entusiasmo por las mujeres ni mi afición a los aloques. Son las dos mitades de mi vida: las cabelleras y los tobillos y las mejillas de las muchachas, de las viudas hermosas como la estrella egea, de las señoras altivas como venadas reales; los caldos dulces o secos, el aroma de las copas bien servidas. Pero fui emperador. Soy emperador.

Otro maledicente esparció un rumor ofensivo acerca de mis costumbres. Me describió como un loco vestido con "sayo de perejil". Es una sucia especie tocante a mis hábitos. No se me escapa el mal olor de ese "perejil".

En Constantinopla, junto al Hipódromo… [*el resto es ilegible en el pergamino*].

•

Conocí el mar y apenas puedo poner por escrito la impresión imborrable de su extensión, únicamente comparable con la del Cielo Cristalino. En la navegación por el Mare Nostrum pude ver la palpitación del color de las violetas en las inmensas olas y sentir el embate de los vientos. Cuando pasamos por Sicilia, creí descubrir la silueta de Polifemo en las playas ardientes. Las costas griegas me enseñaron algunas magias delincuentes pero también perfeccionaron el fuego de mi voz.

Un hombre ciego, experto en lenguas –las hablaba en desorden, mezclando tres o cuatro en una sola tirada–, me explicó la genealogía de los dioses y me vendió, por un par de monedas herrumbrosas, esta pulsera de bronce; desde entonces la he usado con fervor. Aquí la tengo, junto a mí, en esta hora desdichada: es un recuerdo de los trabajos y los días de mi vida, de la vida de un hombre incapaz de salvarse por la

gracia y empeñado en buscar las esencias en la voz fugaz y milagrosa de la alondra y el ruiseñor.

El viaje marino fue largo, extenuante, y casi acabó con mi salud, ya de por sí quebrantada debido a mis costumbres. Guardo de esa travesía el recuerdo de ese hombre ciego y el rumor de los dialectos isleños escuchados en Siracusa. Aquel hombre era borroso como la hora indecisa entre la tarde y la noche: no podría yo describir sus facciones aun si me lo propusiera con toda mi voluntad; pero algo en él hacía sentir un rumor de historias tan bien forjadas como el bronce de mi pulsera. Confieso mi obsesión por el término de ese viaje: las colinas y las vías y estaciones ensangrentadas de la Pasión. Hubiera yo deseado estar más atento a la singladura y menos a la angustia por el destino de mi alma. Grecia y esos mares color de vino lo ameritan. Ya es demasiado tarde, me temo.

Le dedico a mi pulsera de bronce una mirada última antes de irme a dormir. A un lado de ese claro circundado de abedules buscaré mi lugar de reposo.

•

Los pastores se calientan junto a una fogata espléndida. Los veo de lejos y me siento dividido entre ellos y el rumor de la selva. Un resplandor sobre mi cabeza, un brillo rojo y compacto [*el resto, ilegible*]...

•

En su vejez, el trovador tolosano Peire Vidal evocaba los días de antaño en las montañas: "... pienso en esos grandes días, hoy muertos para mí. Con la mente arrobada, contemplo aquella locura espléndida y maldigo, ¡ay!, mi fuerza, y acuso al Sol por su alegría. El rojo astro febeo se burla de mi tristeza. Los altos ciervos huían de mí entre los alisos como huyen del rey de los lobos. Raudo era yo. Los lebreles corrían y los venados corrían, pero ninguno corría delante de mí por mucho tiempo. Los juglares conocían de memoria mis canciones. La gris manada me conocía y me temía, pero yo andaba solo. Mis colmillos afilados y mis labios purpúreos se empapaban con la sangre caliente de la cierva más ágil. Pero esa ardiente sangre no me quemaba como los labios de la Dama de Pennautier. ¡Locos, locos habréis de estar si me pensáis capaz de borrar de la memoria esa noche de abismos azules, la triste noche de la Loba contra mí! El cielo carmesí era profundo. Era hondo, claro,

translúcido; las candelas celestes parecían hundidas en un alto cristal de inmensidades”.

•

Al final, no hablo. No quiero hablar. No queda nada por decir. Todos quieren pelea. Yo nada más anhelo una sombra fresca en algún lugar del bosque, en mis viejos dominios; deseo una sonrisa, la sombra de una sonrisa, la certeza tenue de una *cobla* bien redondeada.

No es una *senhal* el nombre de mi señora, de mi dueña: es su nombre genuino. A ella me dirijo en mi decrepitud inexorable, en mi agonía. Sólo a ella quisiera hablarle ahora, ahora y siempre, hasta el fin de los tiempos.

Loba: cuánto desearía yo el avance irresistible de las olas frías, de los oleajes oscuros, del mar en su paso magnífico, inundando mi mente. Desearía ver el mundo marchito como una hoja muerta; el mundo barrido y desalojado, el mundo ausente, lejos de los enemigos en los castillos y en los bosques, para encontrarte de nuevo, Loba mía: sola.

El ovillo y la brisa

Para poder avanzar, debía imaginarse un objeto aovillado, vuelto hacia adentro de sí mismo, y al mismo tiempo volcado hacia afuera como si se derramara, sin perder su maciza concentración centrípeta: un objeto conjetural, imposible, con el dinamismo de un tigre y la poderosa fragilidad de una saltadora rusa de garrocha. Rota la antinomia dentro-fuera, el objeto podía ingresar en el discurso, primero, y luego en la realidad; el acceso sería la puerta giratoria, hecha de bronce y de cristales, de su pensamiento, de sus tesis “avanzadas”. Él sostenía ideas extrañas acerca de ese objeto: “Así es un poema”, y agregaba: “cuando el poema funciona bien”, pero nadie le hacía caso. Era inútil: podía citar a autoridades académicas o leyendas inmarcesibles de la historia del arte para apuntalar sus opiniones “revolucionarias”, pero seguirían ignorándolo minuciosamente.

Cómo un poema puede “ingresar en la realidad” era algo difícil de explicar, pues le replicaban: “Un poema pertenece forzosamente al orden del discurso. Un poema no es una escultura; su materialidad es inasible, como la de la música. Esa materialidad es sensibilidad pura”. Los más impacientes le decían: “Un buen poema ya ingresó en la realidad”, pero entonces se daba cuenta de la incomprensión circundante.

La incomprensión se parecía a su objeto-poema. Estaba vuelta hacia adentro pero sus irradiaciones lo alcanzaban fatalmente. Para aliviar, mitigar o sanar los efectos deletéreos de la incomprensión, se encerraba en su cuarto durante largos minutos para redactar desencuadernadas “prosas intempestivas” en las cuales insultaba, redargüía, trataba de persuadir (*persuadirse*), contraargumentaba y, en general, tiraba lanzazos contra formidables molinos de viento parecidos a un puñado de profesores de posgrado, conocidos de él y aborrecidos con fruición pantagruélica en altas noches insomnes.

•

Todo lo había olvidado y todo regresó en un instante. La memoria creaba circunvoluciones y tornasoles en torno de su cuerpo declinante. Estaba sentado y miraba *el suelo*: un alma corva, una figura reclinada, una silueta melancólica.

“Miraba *el sueño*”: una falla mecanográfica había desencadenado esa

imagen. Pero no sería: el sueño estaba en lo alto y para verlo debía colocar su cabeza, por fuerza, en una dirección nor/noroeste, como si su cuello fuese un tubo de telescopio.

Las razones del sueño situado en lo alto no son fáciles de entender, pero intervienen en su formulación una visión ásperamente romántica de los fenómenos y las leyes de un cerebro arduamente poético. Y él debía concentrarse en la tierra con una voluntad de guiñapo ctónico: ectoplasma, leve fantasma, títere de la inercia. No podía distraerse con el sueño, con las estribaciones de un fantaseo por los Himalayas del desvarío a mediodía. Debía tener las suelas de los zapatos firmemente colocadas sobre el pavimento de la calle, extraña reconfiguración de la frase indicativa de un cierto realismo pragmático: "tener los pies en el suelo". Así era su pobreza de espíritu.

La parte más rica de esa pobreza era la memoria. Hacía poco le explicaba a una amiga cómo memorizó unos versos: los había escuchado por vez primera dichos por Juan José Arreola y nunca los había olvidado. Ella le respondió contándole cuántas veces leía un poema hasta memorizarlo, pero eso estaba al alcance de cualquiera; no tenía relación alguna con la historia de él y esos versos y Arreola.

Memorizaba con una facilidad asombrosa pero luego, aturdido por diversos estímulos mundanales, olvidaba hasta su propio nombre. Las irisaciones de la memoria se volvían entonces penumbras erizadas: eran éstas el olvido proliferante, una gentil tarántula, criatura aterrorizante y magnífica. Recordaba la sangrienta aniquilación de una tarántula. "Temible únicamente por su apariencia", decía; en realidad, un animal por completo inofensivo.

Recordaba demasiado *para la santidad de su alma* [*y eso no le convenía a la santidad de su espíritu*], pero le producía un estupor lleno de trémula admiración tratar de imaginarse la cabeza de un director de orquesta sinfónica. "Eso sí es buena memoria", y luego añadía: "es como tener presentes en la cabeza del testigo, vista una sola vez la criatura, los pelos todos de la tarántula".

Tarántulas aparte, bailaba la tarantela de los recuerdos como otros danzan al son interpretado por jaraneros lúgubres en la noche imaginada de Tlacotalpan. Decía "imaginada" pues nunca había asistido a esos festejos animadísimos, llenos de ornato y alborozo, inundados por

una serie de músicas de cuerda y tararira, sones dueños de un “encanto inescrutable”, según la noticia proporcionada por el maestro Nicanor, su amigo del País de los Lagos, individuo empeñado en averiguar si el Preste Juan –o por lo menos alguno de sus emisarios– conoció América. La música y la memoria…: temas como éste lo desvelaban. No recordaba desde cuándo.

•

Aquella mañana de noviembre iba él por la mitad de la calle llevando en las manos dos enormes bolsas negras de plástico llenas de basura. Su calzado no podía ser peor para esa diligencia basurera, o para cualesquiera otras: sandalias desvencijadas y un número más grande del debido, razón por la cual parecía bambolearse levemente al dar pasos largos. Estaba constreñido a dar pasitos cortos, como una viuda china. Enfundado en una bata enorme de color verde y portando unos temibles lentes oscuros –redondos, breves, con una vulgar montura de plástico, imitación de un carey de dandi o de cinturita–, se sentía portador de un microclima moral más allá de imaginaciones novelescas en torno de la “construcción de un personaje”.

¿Un personaje así, en medio de la calle, con ese cargamento oprobioso, vestido en tal manera y con la mirada cegada por esos dos discos ahumados, envuelto en la tela abullonada y mendaz de la bata infame, podría tener, acaso, verosimilitud alguna, posibilidades de tragedia, hondura psicológica, viabilidad irónica, siquiera?

No era ridículo ni patético; apenas un esbozo de antihéroe, malogrado por la pretenciosa y falsa facha de riquillo, desmentida con plenitud por la baja calidad de todos y cada uno de los materiales de vestidura y calzado. Ninguna novela para él, ningún cuento. Ninguna etopeya. Ningún esbozo, hecho como con punta de plata, evocador de Daumier o de Grosz, de Posada o de los grotescos de Orozco, las figuras acezantes de Goya. Avanzaba por la mitad de la callecita, a esas horas apenas transitada; no tan desierta, empero: suscitó dos o tres claxonazos, y con cada uno se hizo a un lado con brusquedad. En la cara se le dibujaba un gesto desdeñoso; en la mente se le despertaba una rencorosa invectiva contra los automovilistas.

Aquello no podía durar. El final debió ser cataclísmico pero fue apenas tristón.

Vio a lo lejos el camión de la basura, espantoso navío lleno de servidores municipales de una jovialidad inexplicable. Lejos, lejos: *También el alma tiene lejanías*, recordó. Luego olvidó el versito obsesionante y con decisión avanzó sobre el asfalto impuro. Creyó ver un movimiento inesperado, micrométrico, del camión de la basura: ¿arrancaba, se iba, se despedía, lo abandonaría esa mañana como si esa mañana fuera un "para-siempre"? Ladeó la cabeza en un intento de ver mejor: no era posible ver nada bien con esos lentezuelos sombríos, cegadores.

Sintió una brisa a sus espaldas. El borde de la bata se levantó sin gracia un par de centímetros: la levísima ráfaga se llevó con ella cualquier huella de poema. Aceleró el paso y en cuatro segundos ya las piernas lo llevaban a un trote discreto, casi cómico, ineficaz.

No era posible discernir si el camión de la basura estaba inmóvil, se movía, daba vuelta sobre sí mismo, se sumergía en la cinta bituminosa, se elevaba como en un vuelo místico. Él ya estaba corriendo, muy despacio. En ese preciso momento lo olvidó todo pues el mundo dio una voltereta. Vio cómo las bolsas negras lo rodeaban y luego se movían rápidamente hacia sus hombros y vio, además, otro ámbito: un plano gris, abrupto, granulado; vio cómo la calle lo rodeaba. Y no era eso, claro: él rodaba. Se había caído en pleno trotecillo. Su cuerpo débil, enfermizo y despiadado, severamente sujeto al imperio de diversos medicamentos, diagnosticado con fervor y exactitud milimétrica por un *galeno* (así lo había llamado) aquejado por esa misma enfermedad, se había derrumbado sin estrépito, escorado con lasitud y despojado de toda arboladura, de toda verticalidad y de todo resto de orgullo y, diría uno, de dignidad. Dignidad, sí, por supuesto, en la caída de su cuerpo herido por la enfermedad... Si solamente no hubiera llevado esa ropa vergonzosa, esos lentes, y en las manos las dos bolsas negras de plástico llenas de basura.

•

Algunas noches, las cosas tenían cara de pocos amigos. Las cosas en general; las cosas directas, multitudinarias, repletas de aristas, con espantosas protuberancias en su salida, llenas de flancos y honduras en su entrada, y agobiadas de tridimensionalidad, empapadas de prosaísmo, apasionantes sólo hasta cierto punto, insistentes en su

cosidad y en la brutalidad de su inmanencia.

El estar-ahí de las cosas lo avasallaba con hirsutas emanaciones filosofantes que únicamente conseguían aburrirlo. El aburrimiento lo había asimilado de un solo bocado. Estaba dentro del aburrimiento como en un acuario; era él, ahí, apenas un pececillo, un peñasco submarino de plástico industrial, un granito de arena artificial.

Dijo: "Todo esto me aburre hasta la pared de enfrente". No pudo imaginarse la conducta de sombra apabullante y de demonio electromagnético de la pared de enfrente. No pudo imaginarse la proliferación de susto y batacazo desprendida, como un enjambre de *drones* o chilpanes, de ese aburrimiento del cual comenzaba a sentirse estúpidamente orgulloso.

Se asomó al cubo de la escalera. Bajó unos escalones y trató de ver por el ventanuco, entre el aire neblinoso, hacia afuera, hacia allá, hacia el mundo. Su mirada encontró la pared de enfrente y el corazón le dio un brinco. La pared parecía una admonición de piedra, un monumento vertical a todas sus semejantes caídas en las demoliciones, una dimensión egipcia de su barrio nunca sospechada. Miró con detenimiento. La pared estaba allí, no podía no estar allí; era su condición, como la de tantas cosas adversas. La pared, además de estar allí, lo interpelaba; sintió cómo se le movían las entrañas y cómo le subía a la boca un indeleble sabor de vómito.

Se agarró del pasamanos sin despegar la mirada de la pared de enfrente. No estaría aburrido nunca más, se dijo empavorecido.

NOTA ACERCA DE ALGUNOS TEXTOS

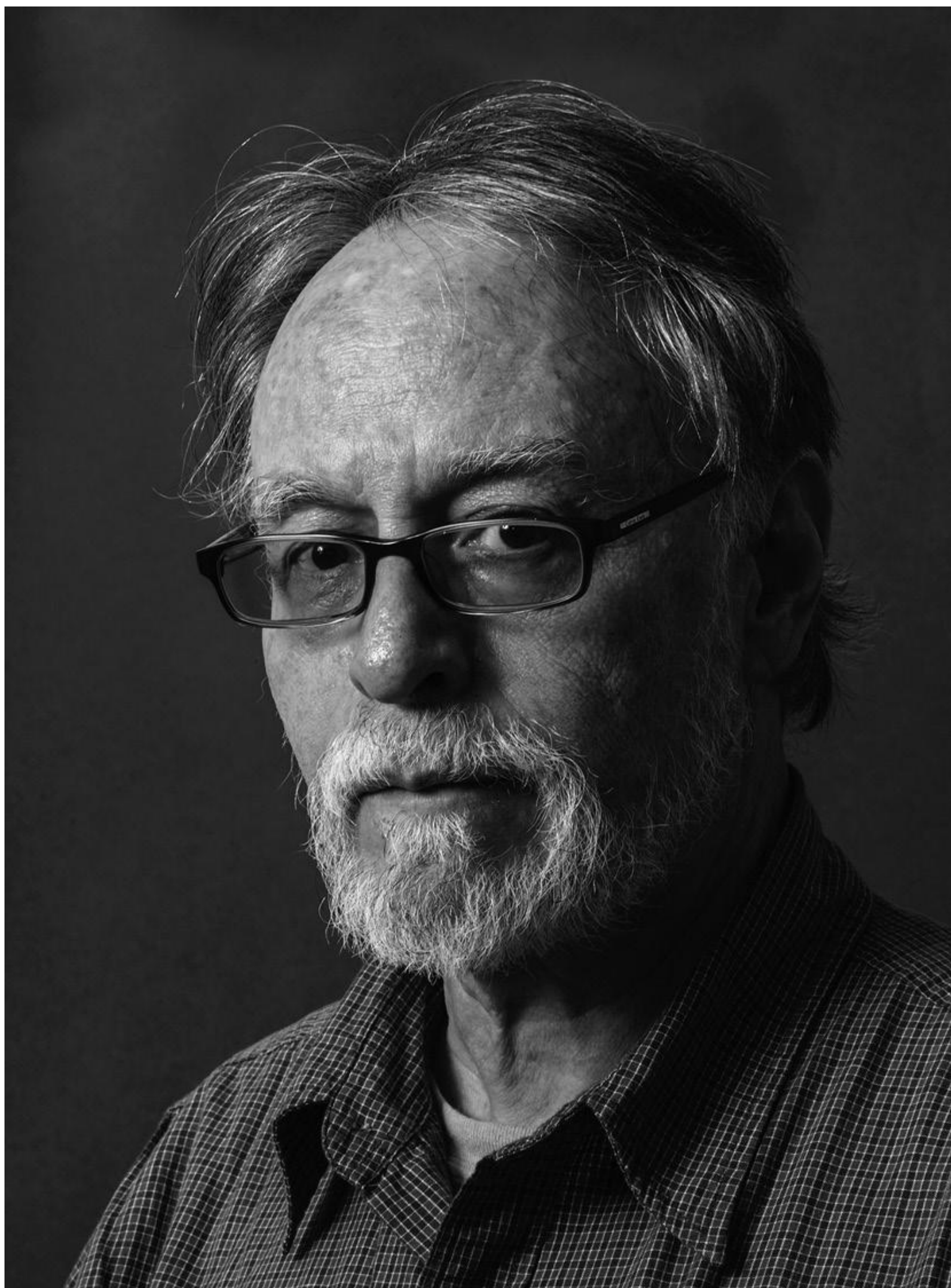
“Los grandes almacenes” fue publicado originalmente en 2013 por las Ediciones de la Rosa Cúbica, de Alfonso Alegre Heitzmann y Victoria Pradilla, junto con un trabajo plástico de Frederic Amat.

Los “Apólogos de la neblina” fueron una contribución a las actividades de la Casa Refugio Citlaltépetl en torno a la visita de Annie Le Brun en 2011.

“El archivo circular”, “La broma y el patíbulo”, “Vocales y consonantes”, “El transformado de los montes” y “El ovillo y la brisa” se publicaron, en una primera versión, en la *Revista de la Universidad de México* dentro de la sección “Aguas aéreas”, que escribí entre 2007 y 2017.

Casi todos los demás textos fueron compuestos bajo los auspicios del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

ÍNDICE



DAVID HUERTA (México, 1949) ha impartido talleres de poesía en prácticamente todo el país; ha dado lecturas en México y el extranjero, y compilado varias antologías de poesía. Muchos de sus libros son hitos de la poesía mexicana: *Cuaderno de noviembre* (Era, 1976), *Huellas del civilizado*

(1977), *Versión* (1978; Era, 2005, Premio Xavier Villaurrutia), *Incurable* (Era, 1987), *Historia* (1990, Premio Carlos Pellicer), *Los objetos están más cerca de lo que aparentan* (1990), *La sombra de los perros* (1996), *La música de lo que pasa* (1997), *El azul en la flama* (Era, 2002), *La calle blanca* (Era, 2006), *El ovillo y la brisa* (Era, 2018), *El cristal en la playa* (Era, 2019).

Ha sido traducido al inglés, francés, finés, entre otros idiomas. Fue becario del Centro Mexicano de Escritores y de la Fundación Guggenheim. En diciembre de 2015 le fue otorgado el Premio Nacional de Ciencias y Artes en el campo de Lingüística y Literatura; por ello, desde enero de 2016 es creador emérito del Sistema Nacional de Creadores de Arte. En septiembre de 2019 ganó, por unanimidad, el Premio FIL de Literatura en Lenguas Romances.